

La mundialización: aspectos políticos

Antoni COMÍN I OLIVERES

1. «La mundialización ha venido, y no sabemos cómo ha sido»: el final de la guerra fría. La primacía de la política.

La primera globalización y la segunda globalización

¿Por qué hablamos de «mundialización», o de «globalización», desde principios de la década de los noventa, y cada vez con más insistencia desde hace tres o cuatro años? ¿Por qué empezamos a hablar de ella justo en un momento dado, y no antes ni después? La respuesta a este interrogante es necesaria para explicar la dimensión *política* del fenómeno que denominamos «globalización».

De entrada, hay que decir que este proceso normalmente es definido en términos económicos. ¿Qué es la globalización? Un incremento de la apertura comercial y financiera entre los distintos países del planeta, que forman parte todos ellos de un único sistema económico mundial capitalista. Aumenta el intercambio de mercancías y de capitales entre los distintos Estados, y eso hace que aumente la interdependencia entre las distintas economías. Este aumento conduce a la configuración de un único mercado mundial.

Esta voluntad de unificar el mundo en un único mercado puede decirse que está presente en el propio espíritu del sistema capitalista desde sus inicios. Tal como explican los especialistas en historia económica, los mercados capitalistas

empiezan siendo mercados locales (comarcales), después pasan a ser mercados regionales, y posteriormente se transforman en mercados nacionales. Pero la tendencia profunda del capital es a la constitución de un único mercado mundial, global. Hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, el nivel de apertura económica —de mercancías y de capitales— entre los países capitalistas más desarrollados ya había llegado a cotas muy elevadas, lo que permite hablar ya de una primera globalización económica. De hecho, el porcentaje de mercancías y de capitales que se exportaban e importaban entre países era ya tan alto como en la globalización actual, y en algunos casos era incluso superior¹. Aunque a menudo se habla de la globalización actual como si fuera una novedad en la historia de la economía mundial, en realidad es similar a la de finales del XIX. ¿Por qué es nueva, pues, la globalización actual?

Si seguimos con la historia económica, veremos que con las dos guerras mundiales aquella globalización de finales del XIX se rompió totalmente, y los países entraron en una dinámica de cierre de sus economías, de proteccionismo —que llegó a ser casi total en algunas ocasiones—. Lo que ha sucedido desde finales de la Segunda Guerra Mundial —desde la década de los cincuenta— hasta hoy no es nada más, en principio, que la recuperación del grado de apertura económica que ya existía a finales del XIX. Por eso podemos dividir la historia del siglo XX, a grandes rasgos, en dos mitades: desde 1900 hasta 1950 se va rompiendo la apertura, se desciende desde la globalización hasta el proteccionismo; desde 1950 hasta ahora, se recupera progresivamente la apertura perdida.

Un momento especialmente significativo de este proceso de recuperación de la apertura económica es el final, a principios de los años setenta, del sistema de Bretton Woods de tipos de cambio fijos entre monedas. Después veremos las

1. Era igual o superior en términos relativos. En términos absolutos, hay más intercambios ahora que a finales del siglo XIX, evidentemente porque los países son más ricos y tienen un PIB mucho más elevado. Pero la cantidad (porcentual) de PIB que intercambiaban era igual o superior; por tanto, el grado de globalización era el mismo.

implicaciones. Digamos tan sólo que este final de Bretton Woods buscaba justamente facilitar la movilidad internacional del capital, es decir, la globalización del mercado de capitales, a la que el sistema de cambios fijos se le había quedado pequeño, debido al ritmo creciente de intercambios. Pero después, si el proceso de (re)globalización empieza hace algunas décadas y ya está bastante maduro desde hace años, ¿cómo es que hasta los años noventa no empezamos a hablar de globalización?

Antes de responder, debemos aún hacernos la siguiente pregunta: ¿qué diferencia hay entre la globalización de finales del XIX y la actual? De entrada, a nivel formal, es decir, a nivel técnico, hay una muy importante: la revolución de las telecomunicaciones. Esta revolución tecnológica —de la informática, Internet, etcétera— es la que determina la fisonomía de la globalización actual, haciendo que sea realmente un fenómeno nuevo cuyo potencial desconocemos². Sin embargo, este potencial tecnológico ya existía antes de los años noventa e incluso antes de los años ochenta. Tampoco coincide, por tanto, el cambio formal, técnico, con la eclosión del concepto de globalización. La pregunta, por tanto, sigue en pie: ¿por qué durante los años ochenta, por ejemplo, no hablábamos de globalización, y ahora sí? La recuperación de un grado de apertura comercial parecido al del siglo anterior y la diferencia en la manera de gestionar esta apertura —las nuevas telecomunicaciones— ya estaban a punto antes de los noventa. Por tanto, *las razones técnicas o económicas, por sí solas, no nos sirven para explicar de qué hablamos cuando hablamos de globalización.*

2. Las nuevas tecnologías de las telecomunicaciones permiten hacer operaciones financieras en tiempo real durante las veinticuatro horas del día. Esto, evidentemente, afecta a la globalización, en la medida en que la facilita. Pero facilita sólo el movimiento de capitales. No afecta prácticamente al comercio de mercancías. Las mercancías, que son riqueza real, no se pueden mover a través de las nuevas tecnologías de la comunicación —vía satélite, etcétera—. El capital, en la medida en que es dinero, riqueza abstracta, potencial, sí que puede correr a través de pantallas de ordenador. Se trata de una diferencia importante que hay que tener en cuenta.

Hay aún otro factor que refuerza esta última constatación. Hasta ahora, el concepto de globalización ya existía, pero servía para definir un proceso que corría paralelo a otros procesos. Los economistas de hace un siglo o los politólogos de los años sesenta, por ejemplo, en realidad ya hablaban de globalización. Ahora, en cambio, cuando hablamos de «globalización», parece que estamos utilizando un concepto que nos sirve para explicar todos los procesos en general. Es el concepto-resumen que explica el sentido de una etapa histórica determinada: la etapa actual³. Antes, el término «globalización» *describía* un determinado *proceso económico*, y ahora parece más bien que *denomina, que da nombre* a una *etapa de la historia* de la humanidad que empieza alrededor del año 1990. ¿Por qué ocurre esto?; ¿por qué a partir de los años noventa el concepto de globalización pasa a ser un concepto habitual e indispensable, con un valor distinto, como si fuera un concepto nuevo?

La victoria capitalista: una conquista territorial indirecta

Como ya sabemos, desde el final de la Segunda Guerra Mundial el mundo queda dividido en dos bloques: el bloque bajo control soviético y el bloque capitalista, bajo control de los Estados Unidos. Empieza la denominada «guerra fría». La etapa de recuperación de la globalización perdida —de la apertura comercial y financiera entre países capitalistas— coincide justamente con los años de la guerra fría. En el año 1989, la guerra se acaba, *y no se acaba sólo porque uno de los bloques se hunda por implosión*, como se nos explica habitualmente, sino porque —como en todas las guerras— un contrincante —un bloque— gana, y el otro pierde. Y el que gana es el bloque capitalista. Éste es el motivo de que se empiece a hablar de globalización: *después de la victoria del bloque capitalista —y en especial de los EE.UU.— en la guerra fría, empieza una nueva etapa denominada «globalización»*,

3. En este sentido, «globalización» sería, más o menos, un concepto de la misma categoría que «período de entreguerras» o «guerra fría», por ejemplo.

porque en realidad la globalización no es más que el nombre que damos a esta victoria.

Por tanto, no es que la madurez de la apertura económica «coincida» con el final de la guerra fría y con la victoria capitalista. No son procesos independientes. De hecho, como veremos, la apertura económica actual es mucho más parecida de lo que creemos a la existente durante los años sesenta, setenta y ochenta. Lo que ha cambiado ahora, fundamentalmente, no es el grado de apertura económica, sino el hecho de que el capitalismo haya ganado la guerra. Por tanto, no es el aspecto económico el que nos da la clave para entender de qué estamos hablando cuando decimos «globalización», sino la lectura política. O, en todo caso, la dimensión económica de la globalización actual —el análisis de lo que realmente ha cambiado a nivel económico desde los años noventa— debe ser entendida *a partir de esta clave política.*

Desde esta perspectiva diremos que la globalización empieza al día siguiente de la victoria de los EE.UU. en la guerra. Aunque la mundialización —que tiende a unificar el mundo en clave capitalista, es decir, a convertirlo en un único mercado— es una tendencia implícita al sistema económico capitalista desde su origen, y aunque esta tendencia se pone ya claramente de manifiesto en el capitalismo imperialista del siglo XIX —como muy bien habían denunciado algunos teóricos marxistas de la época—, cuando ahora hablamos de «globalización», nos referimos al hecho de que el capitalismo ha vencido al bloque oriental, al llamado bloque «comunista».

Evidentemente, esta victoria occidental en la guerra fría puede ser vista como un capítulo concreto de esta dinámica esencial del capitalismo para unificar el mundo en un solo mercado. Sin embargo, hay que tener en cuenta que es la política —y, por medio de ésta, la fuerza militar— la que determina este proceso unificador. No se trata de un proceso económico que se vaya desarrollando por sí solo mediante mecanismos exclusiva o prioritariamente económicos, sino que esta unificación económica del mundo se impone principalmente mediante la política —de la diplomacia y de las armas—. Por eso la globalización, que supuestamente sería la universalización de la economía, la unificación del planeta en un único mercado mundial, es en realidad —básicamente— una

occidentalización de la economía mundial y, sobre todo, una *norteamericanización* de ésta. Porque son los EE.UU. los que han ganado la guerra fría.

La guerra fría era una guerra militar, como todas las guerras. Era una guerra que tenía como objetivo implantar a nivel internacional un sistema económico determinado. Puede decirse que cada contrincante —cada imperio— quería imponer a nivel mundial el sistema económico que más beneficio fuera para sus intereses económicos particulares. Los EE.UU. querían un sistema de mercado capitalista, con propiedad privada, y la URSS pretendía un sistema burocrático de planificación centralizada. El sistema de dominación de los EE.UU. en el bloque regido por la economía de mercado era más sutil, y el de la URSS respecto a los países de economía socialista era más chapucero. Pero, en todo caso, se trataba de una guerra de intereses económicos entre imperios rivales, más que de una guerra entre principios morales e ideológicos.

Sin embargo, aunque la guerra se resolviera en términos del «modelo económico que se proponía al resto del planeta», no por ello dejaba de ser una guerra, con la lógica propia de todas las guerras. Esto queda sobradamente demostrado con el hecho de que se resolviera en el campo militar, como todas las guerras, puesto que se resolvió en la carrera nuclear. La diferencia cualitativa e importantísima respecto de todas las guerras anteriores es que no podía desencadenarse en su dinámica de destrucción, dado el riesgo de aniquilación total. Esto no impide que la carrera nuclear se desarrollara de acuerdo con la lógica militar propia de las guerras «calientes». La lucha física era, por decirlo de alguna manera, virtual. Ésta era su «ventaja», lo cual no implicaba que la guerra fría no fuera una guerra real.

En las guerras «calientes» clásicas, el objetivo era la *conquista territorial*: arrebatar una parte o todo su territorio al enemigo. Este territorio arrebatado era el *botín*. Y la visualización de la victoria era la *ocupación militar* del territorio conquistado por parte del vencedor. En Occidente, sin embargo, la guerra fría no fue explicada nunca como una guerra de conquista territorial, sino que era vendida como una guerra entre valores organizadores del mundo. A lo su-

mo, era explicada como una guerra entre modelos económicos incompatibles, que no podían convivir el uno con el otro⁴. Estas interpretaciones, aunque son ciertas, enmascaraban, en mi opinión, el sentido real de la guerra fría: la *conquista territorial* —como siempre—, en la que dos contrincantes se disputaban el botín. En este caso, el botín era el mundo entero. Por eso la victoria de uno de los contrincantes debía tener necesariamente el carácter de mundialización.

La diferencia, en este caso, reside en que en la guerra fría, justamente porque el botín —el territorio a ocupar— era el mundo entero, la ocupación del vencedor no podía hacerse mandando un ejército directamente a los territorios conquistados. La ocupación, en este caso, tenía que hacerse mediante la *imposición* en el resto del mundo de un sistema económico determinado que, como hemos dicho, beneficiara al vencedor. Y así se hizo. Se trata de una *ocupación indirecta*. Eso sí: esta imposición del modelo económico se asegura militarmente. El ejército del bloque occidental, representado por la OTAN, no ha entrado en la lucha física real —sólo ha luchado virtualmente—; en cambio, ejerce de *garante* del sistema económico internacional.

Por tanto, la guerra fría ha sido una guerra militar en la que el ejército vencedor —sin necesidad de luchar— ha impuesto un sistema económico determinado al resto del planeta, para favorecer los intereses económicos del capital de los EE.UU., en primer lugar, y del capital del resto del mundo occidental, en segundo lugar. Ha sido una *conquista territo-*

4. No se sabe exactamente por qué razones esta coexistencia entre modelos económicos distintos era insostenible a largo plazo. Las razones eran no tanto de tipo técnico, es decir, económico, cuanto morales. Si convivían los dos modelos, era de suponer que el que demostrara una mayor capacidad para crear riqueza acabaría demostrando su superioridad, y que los del otro lado, por tanto, acabarían adoptándola también. Pero no porque no fuera posible mantener el sistema menos eficaz, sino porque no se querría seguir manteniéndolo. No había ninguna obligación económica en el cambio, sino una «conversión» respecto a las virtudes del sistema opuesto. En cualquier caso, la tesis que defendemos aquí es que, en realidad, el cambio de un modelo económico comunista al otro se produjo gracias al factor militar, más que como una «conversión» espontánea a la eficacia del sistema ganador, el capitalista, por parte de los derrotados.

*rial indirecta, y esta conquista territorial indirecta es lo que llamamos «globalización» o «mundialización». De entrada, pues, la globalización es el nombre de una victoria*⁵. Por expresarlo gráficamente, la globalización empezó el día en que cayó el muro de Berlín, al menos para nosotros, es decir, para los espectadores de la guerra fría, ya que la caída del muro de Berlín fue la escenificación, de cara a la opinión pública mundial, de la victoria del bloque occidental. Para los actores-protagonistas del conflicto, la globalización empezó unos meses antes. Empezó el día en que —según explican algunos analistas y periodistas especializados en política internacional— el entonces secretario de Estado de los EE.UU., Mr. Schultz, entró en el despacho de su presidente, Ronald Reagan y, dado su conocimiento de alguna decisión importante que habían tomado los soviéticos, le dijo: «Presidente, hemos ganado la guerra». Como en las guerras de siempre.

Hay un escenario del final de la guerra fría en el que sí se pone de manifiesto el carácter que ésta tenía, esencialmente, de guerra de conquista territorial. Me refiero al caso de la unificación de Alemania. Cuando cayó el muro, las dos Alemani­as teóricamente se unificaron. Sin embargo, la RFA siguió existiendo, y la RDA desapareció. No negamos que la voluntad democrática de los habitantes de la extinta RDA fuera favorable a esta solución, pero ello no impide que el proceso tuviera más carácter de absorción —es decir, de conquista territorial en versión *light*— que de unificación. Günter Grass ya en aquel momento lo denunció. Habló, más o menos, de «absorción»; habló, más o menos, de «botín de guerra». Pero en Alemania una gran parte de la opinión pú-

5. Valga la frase dando por supuesto que, cuando decimos «victoria», nos referimos a una victoria militar, no a una victoria moral. Lo que demostró el bloque capitalista respecto del bloque soviético fue su superioridad militar, no su superioridad moral. Esto no quiere decir en absoluto que no fuera superior en el campo moral, ni tampoco que lo fuera. La excelencia moral y la excelencia militar no tienen por qué implicarse ni determinarse mutuamente, y pueden coincidir o no. En cualquier caso, lo que hay que dejar meridianamente claro es que no ha sido su hipotética «superioridad moral» —en caso de que sea cierta— la que ha proporcionado la victoria al bloque occidental en la guerra fría. La victoria la ha conseguido por la fuerza de las armas o, mejor dicho, por la fuerza de la tecnología militar.

blica se le echó encima, y fue acusado de «estropear la fiesta». La unificación-absorción alemana, más o menos directa, ha sido paralela al proceso económico de la globalización, justamente porque una y otra son lo mismo —una conquista territorial—, aunque la segunda es a nivel global, mundial, y más indirecta. Lo que los EE.UU. han hecho con la URSS se parece bastante a lo que hizo la RFA con la RDA⁶.

La economía natural o la economía política

Por tanto, si los libros de historia futuros dicen: «de 1945 a 1989 tuvo lugar la guerra fría, y alrededor de los años noventa empezó la globalización», tendrán razón siempre y cuando la relación causal entre un hecho y el otro quede bien explicada. Si los libros de historia explicasen la Primera Guerra Mundial y la ocupación de Alsacia-Lorena por parte de los franceses como dos acontecimientos históricos que se suceden cronológicamente de manera inconexa, nos sorprenderíamos mucho, porque todos sabemos que tienen una vinculación directa. No sorprenderse nos parecería ridículo. Sin embargo, la globalización actual se explica de esta manera inconexa, y por eso estamos corriendo el riesgo de hacer el ridículo de no sorprendernos. La guerra fría y la globalización son la causa y la consecuencia, respectivamente, de un único y mismo proceso histórico.

¿Por qué hay que insistir, en nuestra opinión, en cosas que pueden parecer bastante obvias? Porque, de cara a una gran parte de la opinión pública, la globalización ha aparecido ante sus ojos como un fenómeno espontáneo, sin una

6. Todo esto ejemplifica el uso inteligente y bastante enmascarador que nuestro final de siglo está haciendo de las palabras que sirven para explicar lo que pasa en el mundo y, sobre todo, lo que pasa en el mundo de la política. A una «cuasi-absorción» se le llama «unificación», y una «conquista territorial indirecta mediante la fuerza militar» recibe el nombre de «globalización». Se trata de un genial ejercicio de lo que podríamos bautizar como *semiótica de la amabilidad*. Parece que el capitalismo es tan consciente de su abusiva forma de actuar que él mismo quiere amortiguar su impacto, disimulándolo detrás de conceptos neutros. Endulzar las palabras: un comportamiento propio de quien tiene mala conciencia, pero, en cambio, no tiene demasiada intención de modificar su conducta.

causa que lo justifique: «*La globalización ha venido, y no sabemos cómo ha sido*». Como si la globalización hubiera empezado sin más; como si un buen día los mercados de mercancías y de capitales hubieran sentido un deseo irresistible de unificarse. Pero no es así; «sí sabemos cómo ha sido»: los EE.UU. inventaron la Iniciativa de Defensa Estratégica (la SDI), que, según los analistas políticos y militares, fue el golpe de gracia decisivo en la escalada nuclear entre soviéticos y norteamericanos; y ante este proyecto de alta tecnología militar, contra el que no podían competir, los soviéticos dijeron: «*apaga y vámonos*», y empezaron una rendición progresiva y controlada, que implicó una voladura del propio sistema político y económico. Entonces el secretario de Estado de los EE.UU. dijo aquello de «*hemos ganado la guerra*», y «*al día siguiente*» los capitales privados del mundo occidental, y especialmente de los EE.UU., se pusieron a dar vueltas como locos de un lado para otro del planeta, con más intensidad que nunca hasta aquel momento.

Insistimos, pues: *la globalización es como es, y no de otra manera, por motivos políticos, y en ningún caso por motivos «técnicos», es decir, por motivos económicos que la propia lógica de la economía pueda determinar de manera necesaria. La globalización es como es a causa de una determinada correlación de fuerzas que se expresa políticamente y, en parte, militarmente. Digámoslo de otro modo. Tenemos un hecho: la globalización se da únicamente a nivel económico, no a nivel político; es decir, se unifican las estructuras económicas, los mercados, pero no se unifican las estructuras políticas, los Estados. Pues bien, es una voluntad política la que determina que la globalización sea sólo económica y no política, y la que hace que haya un mercado mundial, pero no un Estado democrático mundial, por ejemplo.*

Decir todo esto no es más que recuperar el viejo sentido de los economistas clásicos —primero de los propios liberales, y después de Marx y los marxistas—, según el cual la economía es siempre *economía política*. Esto, de hecho, sería de sentido común y universalmente aceptado si no fuera por las trampas ideológicas neoliberales que pretenden hacer creer lo contrario. Detrás de un determinado sistema económico hay siempre una determinada voluntad política, es decir, la

voluntad de distribuir la riqueza de una manera y no de otra. No hay un desarrollo natural de la economía, como puede llegar a creer cierto pensamiento económico neoliberal que pretende ser ortodoxo. No hay unas leyes económicas *naturales*, como si se tratara de leyes de la naturaleza, como las de la física o la química, que son inmutables o que, en cualquier caso, son independientes de la voluntad de las personas. La economía, evidentemente, tiene sus leyes, pero estas leyes dependen fundamentalmente de la voluntad humana y, por tanto, pueden ser cambiadas. Todo hecho o todo proceso económico es, en esencia, un hecho o proceso político. Dicho de manera esquemática: lo natural está regido por la necesidad, y no puede ser de otra manera; lo político está regido por la libertad, y puede ser como es o puede ser de otra manera, porque está limitado únicamente por las posibilidades técnicas de la sociedad. Y la economía es, básicamente, política.

Por tanto, si nos explican la globalización como un proceso que es fruto del desarrollo espontáneo de unas supuestas leyes naturales de la economía, acabaremos pensando necesariamente que la situación de la economía mundial no puede ser distinta de la actual. Y no es cierto. Sin embargo, a menudo funciona esta percepción de una especie de necesidad inevitable, lo que Vázquez Montalbán define en estas mismas páginas, al analizar la dimensión cultural de la globalización, como la «dictadura del presente» —esa dictadura que a menudo se apodera de la cultura postmoderna—. En cambio, si nos explican las leyes económicas como un hecho político, sabremos que la economía mundial y la globalización podrían ser de otra manera, y que ello depende —no absolutamente, pero sí básicamente— de la voluntad de los individuos. La globalización, como dice Navarro⁷, no responde a «situaciones económicas inevitables que fuerzan un camino único», sino a «situaciones originadas en decisiones políticas que responden a relaciones de poder específicas»⁸.

7. Vicenç NAVARRO, *Neoliberalismo y Estado del Bienestar*, Ariel, Barcelona 1997.

8. Por tanto, la globalización no es sólo un dato, un hecho. Es un hecho, sí, pero que podría ser distinto; un hecho susceptible de ser modificado. La globalización podrá ser, en cualquier caso, buena o mala, pero seguro que no es inevitable. O, en cualquier caso, ni más ni menos inevitable

2. Las características de la globalización

La globalización comercial y del capital productivo

Enmarcada de esta manera, en clave política, es fácil entender los rasgos más específicos de la globalización actual. Son, como veremos, la preponderancia de la movilidad del capital especulativo y la ofensiva ideológica contra el Estado del bienestar.

Hemos definido la globalización como la unificación del mundo en clave capitalista. En la medida en que el bloque soviético era un obstáculo a esta unificación, la globalización se visualiza, de entrada, como la incorporación de este bloque al sistema capitalista, regido por los EE.UU. mediante instituciones multilaterales como el G-7, el FMI o el Banco Mundial. En efecto, la consecuencia más espectacular de la guerra fría han sido las reformas económicas que han convertido a la ex-URSS y a los países del Este en economías de mercado en las que se pone de manifiesto la idea de «conquista territorial indirecta».

Sin embargo, a nivel mundial, ¿cómo se concreta en los términos de la teoría económica esta unificación del mundo en clave capitalista? Esta unificación —se dice normalmente— será beneficiosa para el crecimiento de la economía mundial. Vayamos por partes. Los factores económicos susceptibles de ser unificados en un único mercado mundial son cuatro:

- a) las mercancías;
- b) el capital productivo (inversión directa);
- c) el capital financiero (acciones y bonos y seguridades públicas);
- d) la fuerza de trabajo.

Habitualmente, la globalización actual se explica, por parte de sus apologistas, como una unificación de los dos primeros factores: un aumento del comercio internacional (a) y de las inversiones exteriores (b). Sin embargo, hay que recurrir a las estadísticas y a los estudios que muestran que estos dos flujos *no son fenómenos tan nuevos* como sostienen los que defienden que la globalización tiene enormes efectos beneficiosos para el crecimiento de la economía mundial. Resulta

que en los países de la OCDE la globalización comercial aumentó a un ritmo mayor entre 1970 y 1980, por ejemplo, que entre 1980 y 1990. Es decir, a nivel comercial, la globalización ha seguido aumentando durante los últimos años, pero se ha desacelerado. Y con los capitales productivos, destinados a inversiones, pasa lo mismo: el flujo de inversiones desde los países desarrollados a los países subdesarrollados era menor en 1991 que en 1967, en contra de lo que habría cabido esperar según la versión habitual sobre la globalización⁹. Estos dos flujos internacionales —el comercial y el del capital productivo— son, en efecto, los que pueden fomentar el crecimiento económico. La globalización derivada de estos dos flujos, en la medida en que es fuente de prosperidad, sería positiva.

Crecimiento y pobreza; regulación y unificación

Sin embargo, debemos hacer dos precisiones al respecto. Primera: como sabemos, el crecimiento económico, por sí mismo, sin más precisiones, no tiene por qué ser un objetivo deseable. El crecimiento es deseable *cuando beneficia a los pobres*. En cambio, un crecimiento que enriquezca más a los que son más ricos y deje a los pobres igual que estaban o peor, no tiene nada de bueno, no tiene ningún interés.

En principio, aunque no deja de ser una cuestión discutible, la internacionalización del capital productivo y del comercio podría permitir un crecimiento económico del que se beneficiara también las mayorías pobres, y no sólo las minorías ricas. Los que se llevarían el gato al agua en una globalización de este estilo seguirían siendo los propietarios del

que la Revolución francesa, por poner un ejemplo extremo. Porque las leyes de la historia dependen de la voluntad de las personas, y la voluntad humana nunca es «inevitable».

9. Dice V. Navarro: «...la internacionalización del comercio y la movilidad internacional no son fenómenos tan nuevos como sostienen las tesis de la globalización económica. En realidad, el porcentaje del valor de todas las exportaciones e importaciones sobre el PIB del mundo aumentó más espectacularmente durante el período 1950-1979 que durante el período 1980-1989, tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados». *Op. cit.*, pp. 207-208.

capital privado, o sea, los que ya son ricos. Pero también es verdad que las inversiones productivas y ciertas liberalizaciones comerciales pueden, al tiempo que enriquecen más a los ricos, elevar el nivel de vida de las masas pobres. Quizás aumentarían las diferencias entre ricos y pobres, pero al menos se podría arrancar a estos últimos de la miseria. Si consideramos la pobreza como una cuestión de posición relativa en el conjunto —que lo es—, con la globalización del capital productivo los pobres seguirían siendo pobres, quizá más que antes. Pero si consideramos la pobreza en términos absolutos —una perspectiva que también hay que tener en cuenta—, tendríamos que aceptar que esta globalización podría tener efectos positivos en orden a paliar la pobreza en el mundo.

Segunda: la globalización de estas dos magnitudes —mercancías y capital productivo— en un único mercado mundial no tiene por qué significar desregulación, ni eliminación de toda norma referida a su circulación. «Globalización» quiere decir «unificación»; pero «unificación» no quiere decir liberalizar sin establecer unos criterios de comportamiento. Si liberalizar significa abrir las fronteras estatales al comercio y a los capitales, el desaparecido marco regulador nacional tiene que ser sustituido por un nuevo marco legal internacional¹⁰. La globalización no puede ser la excusa para saltarse las viejas leyes nacionales a cambio de nada. No puede ser la excusa para conseguir que los agentes económicos operen en un marco ausente de toda regulación, el marco internacional, y eviten así toda responsabilidad. La globalización tendría que significar que las leyes nacionales (barreras arancelarias, restricciones a la entrada de capitales, etcétera), variadas e inconexas, se vieran sustituidas por una única normativa mundial que unificase reguladamente el mercado mundial. Éste puede ser mundial y regulado, o mundial y sin regular, y en ambos casos hay globalización. Si la unificación del comercio y de los capitales a nivel global debe ser positiva, tiene que contar con límites que permitan pedir cuentas a los agentes económicos.

10. De hecho, la OMC y el FMI son las instituciones que encarnan este marco legal internacional, para las mercancías y para el capital productivo, respectivamente.

Hechas estas dos salvedades –muy obvias, por otro lado–, la globalización sería difícilmente atacable. Es decir, si la globalización actual fuera efectivamente –tal y como pretenden sus apologistas– un simple aumento de los flujos internacionales de comercio y de capital productivo, tendríamos pocas cosas que objetar. El único problema es que esa versión del asunto –tan «natural»– tiene poco que ver con la realidad.

A. LA PREPONDERANCIA DEL CAPITAL ESPECULATIVO

¿Cuál es la realidad? Sabemos que la voluntad política que hay detrás de la globalización se expresa a nivel económico –y hace que la globalización sea exclusivamente económica y no política, como hemos dicho antes–. Sin embargo, ahora hemos visto que hay una serie de factores económicos que *no* sirven para definir esta globalización económica, aunque el discurso habitual quiera hacer creer lo contrario. Los factores que harían positiva la globalización no nos sirven para explicarla, porque ahora están tan unificados como antes. Por tanto, no es a esta supuesta globalización económica «positiva» a la que nos referimos cuando, desde hace unos años, hablamos de la globalización. Así pues, seguimos sin saber cuál es la expresión económica de la victoria capitalista en la guerra fría. ¿Qué es lo que ha cambiado en la economía de los últimos años?

La principal novedad en la economía mundial actual es el aumento de los flujos internacionales del capital financiero y, dentro de éste, del capital financiero especulativo. La globalización es, sobre todo, la unificación del mercado financiero internacional; y una unificación en un marco casi totalmente desregulado. Como dice Navarro:

«Un proceso de internacionalización que sí es nuevo es el de la movilidad de los capitales financieros de tipo especulativo. Este fenómeno es clave para entender el “enlentecimiento” del desarrollo económico y social de los países de la OCDE. El colapso del tratado de Bretton Woods en 1972 y la desregulación de los mercados financieros, pieza clave del pensamiento neoliberal, han creado una enorme movilidad del capital financiero de tipo especulativo, responsable de una inestabilidad económica [de la

economía internacional] sin precedentes. Esta inestabilidad y el poder de los mercados financieros han sido los responsables de muchos de los problemas económicos y sociales que se atribuyen erróneamente a una supuesta globalización del comercio y del capital productivo, que (...) no es ni tan nueva ni tan masiva como se presenta por la tesis de la globalización. La liberalización del precio de las divisas y su gran inestabilidad, fenómenos que ocurrieron a partir del colapso de Bretton Woods, causaron una movilidad constante del capital financiero en busca de alcanzar en el plazo de tiempo más corto posible el máximo de beneficios posible. Se ha creado así una sociedad internacional del casino, en la que la especulación es la característica más notable del mercado de capitales. Los mercados se movilizan constantemente en busca de la mejor transacción basada en divisas, cuyo valor en el mercado varía constantemente»¹¹.

Dos datos ilustran esta tesis de que la globalización es básicamente financiera y que, dentro de lo financiero, es básicamente especulativa. El primero es que el valor total del capital que se mueve anualmente en el mundo es 99 veces mayor que el valor total de las mercancías que se mueven en el mundo durante el mismo período. Es decir, con el flujo del capital que se mueve en un año, yendo de un país a otro, se podría pagar 99 veces el total de mercancías que se comercia anualmente entre países distintos. De entrada, esta desproporción sólo puede querer decir dos cosas: o bien que, en las economías nacionales, el capital viene casi todo de fuera, mientras que lo que produce este capital queda casi todo para el consumo de los mercados internos, o bien que este capital se mueve pero no produce nada. En todo caso, este dato demuestra la preponderancia de los *mercados financieros* dentro de la globalización.

El segundo consiste en que el 90% de los capitales que se mueven en los mercados financieros internacionales se quedan en su lugar de destino menos de una semana. Evidentemente, en principio un capital de vocación productiva, con la intención de ser invertido para esperar unos resultados, es decir, para crear riqueza, necesita más de una semana para cumplir su ciclo productivo. Lo cual demuestra la preponderancia de la *dinámica especulativa* dentro de los mercados

11. *Op. cit.*, p. 208.

financieros. Digamos que de las dos posibilidades del párrafo anterior, la válida era la segunda.

Nada más lejos de nuestra intención que presentar estos datos para dar una impresión catastrofista/apocalíptica del capitalismo mundial. Puede parecer, sin lugar a dudas, que acusar a la globalización de estar dominada básicamente por la cultura de la especulación es una muestra de radicalismo que no se atiene a la realidad. De hecho, el capitalismo lleva ya siglos siendo acusado de ser el padre de todos los males; y, sin embargo, sigue tan campante, resistiendo todas las «crisis definitivas» que se le han pronosticado. Incluso se podría decir que de un tiempo a esta parte —y en ello ha influido, sin lugar a dudas, el desenlace de la guerra fría— ha ganado no pocos adeptos. Sin embargo, gentes tan poco sospechosas de anticapitalismo dogmático como los representantes de la socialdemocracia europea están denunciando, desde hace algunos años, esta misma dinámica de la que hablamos aquí. Así —valga de ejemplo casi aleatorio—, tan sólo en los últimos días hemos podido leer en los periódicos a Mario Soares llamando «monstruo especulativo» a la globalización, y a Martine Aubry, la Ministra de Trabajo francesa, describiendo el sistema económico internacional como «capitalismo de casino». No parece, pues, que nuestro análisis, en esta misma línea, pueda ser tachado de ejercicio falto de moderación.

*Capitales productivo, financiero y especulativo:
la inestabilidad y el «enlentecimiento»*

(En consecuencia), la globalización (ya) puede ser vista (ahora) como la hegemonía de los capitales financieros especulativos en la economía mundial. Hay que reconocer, ciertamente, que la diferencia entre capital productivo y capital financiero no es tan inmediata y transparente como en esta exposición pudiera parecer. En principio, el capital productivo hace referencia a las inversiones directas, que no pasan por bolsa, mientras que el capital financiero se refiere al capital que se mueve en bolsa, a la compraventa de activos, futuros, bonos públicos, etcétera, lo cual, en principio, también tiene que acabar repercutiendo, directa o indirectamente, en

la inversión, pública o privada. La diferencia puede parecer más clara cuando se piensa que el primero está gestionado por las empresas (por las grandes multinacionales o transnacionales), y el segundo por los bancos. Pero, de hecho, la separación entre multinacionales y bancos tampoco es tan radical como pudiera parecer, y a veces son «el mismo dinero».

Por lo tanto, no se debe caer en el maniqueísmo de acusar al capital financiero de todos los males, y al productivo de todos los bienes. Si están más mezclados de lo que parece y se le reconocen al capital privado productivo varias virtudes, ello es señal de que el capital financiero las debe compartir y de que, por lo tanto, también es capital «productivo». Sin embargo, el problema es que la contaminación que parece imponerse actualmente es justamente la contraria: es el capital especulativo el que acaba contagiando su dinámica al capital financiero de vocación productiva. Es decir, en los mercados financieros internacionales acaba dominando a menudo aquel segmento de capitales abiertamente especulativos, aunque sea un segmento minoritario. (Esto, evidentemente, es debido a la falta de regulación de estos mercados financieros internacionales). Así, el capital especulativo arrastra al capital financiero de vocación productiva, y éste acaba afectando, finalmente, al capital productivo (a las inversiones directas). En síntesis, la realidad no es tanto que el capital financiero comparta las virtudes del productivo, cuanto que éste comparte los defectos de aquél. Aunque la diferencia entre capital productivo y capital financiero no sea muy evidente, da lo mismo, porque uno y otro quedan igualmente contaminados por la dinámica que impone el capital especulativo. (Lo que también es cierto es que la especulación sólo puede originarse en el capital financiero).

Muchas de las sorpresas que han ocurrido en los últimos años en la economía internacional demuestran esta contaminación. El célebre «tequilazo» mejicano y la reciente crisis del Sudeste asiático (Malasia, Corea e Indonesia) son ejemplos de pánicos financieros, de fugas aceleradas de capitales que demuestran hasta qué punto el capital en general tiene un comportamiento mimético de los movimientos especulativos. Todas estas crisis tienen que ver, indudablemente, con problemas internos de las economías de cada uno estos paí-

ses. Pero, junto a esto, hay que decir que todas ellas serían impensables si no fuera porque el sistema financiero internacional permite, por su misma naturaleza, las dinámicas especulativas. Incluso los capitales sin vocación especulativa se ven inevitablemente atrapados en ellas.

¿Cuál es la consecuencia, de cara al conjunto de la economía mundial, de esta hegemonía del capital especulativo? Básicamente, como señalaba ya la cita de Navarro, la inestabilidad en el mercado financiero, que se reproduce en cascada por todo el sistema económico en su globalidad. Y la consecuencia de la inestabilidad económica es la disminución de las tasas de crecimiento de la economía mundial por debajo de su crecimiento potencial. La inestabilidad, en suma, impide la creación de riqueza. La especulación frena el crecimiento. Dado que el capital productivo sí es un factor de crecimiento, tenemos que constatar algo de sobra conocido: que este capital y el capital especulativo tienen efectos económicos diametralmente opuestos.

En este punto, lo importante es darse cuenta de que este crecimiento ralentizado no es perjudicial para quienes lo provocan. Aunque nos faltan aquí los datos para demostrarlo, este modelo de crecimiento «ralentizado» acaba favoreciendo a los propietarios del capital más que un modelo de gran crecimiento. Es decir, la minoría (de la población mundial) impone un modelo de crecimiento pequeño, que perjudica a la mayoría. Al capital lo que le interesa no es el crecimiento económico *per se*, sino su propio crecimiento; y un crecimiento y otro no tienen necesariamente que ir juntos. *El capital no es algo abstracto, sino un instrumento en manos de unas «pasiones» concretas, que son las de sus propietarios. Por eso al capital no le preocupa tanto crear riqueza cuanto hacerse rico. Y si este enriquecimiento se consigue a costa del crecimiento económico... ¡alabado sea Dios!*

Por principio, en el mercado quien tiene el recurso escaso necesario manda, es decir, tiene todas las de ganar. El capital es este recurso escaso y necesario, es lo que se llama a veces el «lado corto» del mercado. El «lado corto» determina siempre las condiciones del mercado. Los capitalistas –los ricos del planeta– determinan las reglas del juego del mercado financiero mundial y, como consecuencia de ello,

del sistema económico internacional en general. El capital productivo no es, materialmente considerado, un capital distinto del especulativo. Ambos son el *mismo* capital, el *mismo* dinero, que, o bien se comporta de manera especulativa, o bien de manera productiva. Es decir, o bien intentando enriquecerse creando riqueza, o bien intentando enriquecerse sin crear riqueza. Cuando hablamos de capital productivo y de capital especulativo, en realidad hablamos fundamentalmente de dos comportamientos distintos de un mismo capital. En la medida en que el capital (único) ha visto que una dinámica financiera mundial más especulativa le favorecía más, la ha impuesto, aun sacrificando el crecimiento del PIB mundial.

Visto todo esto, estamos ya legitimados para contradecir las versiones habituales de la globalización como un fenómeno comercial y de inversiones extranjeras. Ahora la podemos definir, en su dimensión económica, *como la libertad del capital especulativo que provoca el «enlentecimiento» del crecimiento económico internacional, anulando así los efectos positivos que para este crecimiento pudieran tener la libertad comercial y la de las inversiones*. Se trata de la globalización de los ricos, que fomenta, no «el crecimiento económico internacional», sino «un crecimiento» determinado —que favorece a los ricos—. *Internacionaliza el factor de inestabilidad antes que los factores de creación de riqueza*. Hace que haya menos riqueza global, a cambio de que haya más riqueza para un grupo pequeño de la sociedad mundial, un grupo ya rico y poderoso. Ahora, una vez conocida la naturaleza económica de la cuestión, se entiende porqué la clave del análisis debe ser necesariamente política. Un modelo económico que beneficia a unos pocos sólo puede ser conservado a través de la coacción, y la política es el lugar de esta coacción (directa o indirecta).

*Capital financiero e industria militar:
alianza política, alianza técnica*

Sin embargo, en toda esta argumentación hay una duda —una posible incoherencia— que disipar. Hemos visto, en el texto de Navarro, que el origen de este predominio del capital especulativo nace con la ruptura del sistema de cambios

fijos de Bretton Woods, a principios de los años setenta. Esta ruptura es la que pone las bases para la globalización especulativa que hemos descrito, en la que la lógica del enriquecimiento no es crear riqueza, sino luchar —a través de los mercados financieros— por el reparto de la existente¹². Pero entonces, si la globalización especulativa actual empieza en 1972, ¿cómo podemos decir, tal como hemos venido diciendo, que se trata de la consecuencia de la victoria occidental en la guerra fría? Esta victoria tiene lugar a finales de los ochenta. Hay casi veinte años de diferencia entre una cosa —la base institucional de la globalización económica— y la otra —la explicación de las condiciones políticas de la misma, que, según pretendemos nosotros, nos dan la clave de aquella globalización económica—. De hecho, lo que parecemos estar diciendo es que primero viene la consecuencia, y veinte años después llega la causa. Y esto no puede ser. Aquí hay algo que falla. ¿Desmienten estos veinte años de diferencia el análisis que hemos hecho hasta ahora?

En absoluto. Podemos seguir afirmando tranquilamente que la globalización es el nombre de la victoria occidental en la guerra fría. ¿Por qué? Porque el proceso político y el eco-

12. En este sentido, el economista francés Jean-Paul Fitoussi explica: «El paso de un sistema de cambio fijo a un sistema de cambio flexible implica un cambio de lógica. En el caso de un sistema de cambio fijo, estamos en lo que yo llamo una lógica de crecimiento en la que el crecimiento de un país arrastra el de los otros países. En un sistema de cambio flexible, estamos ante una lógica de partes de mercado, en la que el crecimiento de un país se hace en detrimento de los otros países, ya que se trata de modificar artificialmente las competitividades, de manera que se ganen partes del mercado a costa de los vecinos».

Vemos, pues, que ya sea vía especulación (jugar con los tipos de cambio, etcétera), ya sea vía inflación, como señala Fitoussi, el resultado del sistema de cambios flexibles provocado por la ruptura de Bretton Woods es siempre enriquecerse a costa de alguien sin haber creado riqueza. El sistema de cambios flexibles abrió la puerta a estos dos fenómenos: el comportamiento especulativo de los capitales privados y la modificación artificial de las competitividades nacionales en su conjunto a través de las devaluaciones y sobrevaluaciones. Con el primero, un capital gana dinero a costa de otro, pero a quien acaban perjudicando al final es a las poblaciones, que dependen de la inversión real. Con el segundo, un país acaba ganando dinero a costa de otro, pero quienes acaban perdiendo con ello son siempre los países más pobres, la parte más débil del escalafón económico mundial.

nómico van paralelos. Dicho de otro modo, la guerra fría y la ruptura de Bretton Woods son capítulos distintos de una misma estrategia del capitalismo para su desarrollo a nivel internacional. Con la primera se buscaban las bases políticas para permitir la expansión del capitalismo, conteniendo a los soviéticos y, más que conteniéndolos, combatiéndolos a través de la carrera armamentística¹³. Con la segunda se ponían las bases económicas de esta expansión. La guerra fría estaba hecha para que la filosofía económica subyacente a la ruptura de Bretton Woods —la hegemonía de lo especulativo, el predominio de los mercados financieros sobre los gobiernos, el enriquecimiento sin creación de riqueza— pudiera desarrollarse en toda su plenitud.

Por lo tanto, la filosofía económica cuyas bases se asientan en 1972 no puede hacer eclosión hasta que el mundo occidental gana la guerra fría en 1989. La globalización actual, ciertamente, estaba latente desde 1972, preparadas sus bases para irse desarrollando desde entonces. La globalización del capital financiero y la inestabilidad económica mundial empiezan antes de 1989, ciertamente. Pero a partir de este momento es cuando entra en acción —como nunca hasta entonces— el capital financiero y su vocación especulativa. Las cifras de movimientos de capitales que se dan desde principios de los años noventa, es decir, desde que los EE.UU. ganan la guerra, son una verdadera novedad. Habrían sido inimaginables unos cuantos años antes. Por lo tanto, sigue siendo coherente lo dicho: la globalización es el nombre de

13. Los historiadores y los analistas de la guerra fría más occidentales siempre han pretendido que el papel del bloque occidental —el bloque «libre», según ellos— consistió simplemente en «contener» a los soviéticos, que serían los únicos imperialistas de la historia. Se basan para ello en la doctrina Kennan. Pero esta versión parece más un cuento de hadas. La guerra fue una carrera armamentística de mutuo acoso, así como una competencia económica activamente promovida por ambos contrincantes. En esta contienda, nadie se limitó a resistir, sino que ambas partes lucharon para derrotar a la otra. Así, por ejemplo, en la cumbre de Venecia del G-7 de 1987 se diseñó un plan para desbaratar las reformas económicas de Gorbachov, que pretendía reconstruir la economía soviética democratizándola desde bases no capitalistas. Esto es algo más que «contención». (Véase D. SCHWEICKART, *Más allá del capitalismo*, Sal Terrae, Santander 1997, p. 412).

la victoria (militar) occidental en la guerra fría; y la preponderancia del capital financiero especulativo es una novedad propia de los noventa, lo cual pone de manifiesto la verdadera naturaleza económica del fenómeno y las claves políticas que la explican.

*Llegados a este punto, podemos hablar de una «alianza política» de facto entre la industria militar norteamericana y el capital financiero especulativo. La guerra fría la ganó la industria militar y nuclear norteamericana, y el fruto de esta guerra ha sido la hegemonía del capital especulativo. Podemos decir, pues, que entre el instrumento de la guerra fría (lo militar) y su consecuencia (lo financiero) hay una solidaridad de facto. Si tuviéramos que describir la globalización en términos matemáticos, diríamos: *capital financiero occidental (parte económica) + poder militar occidental (industria militar-nuclear de los EE.UU.) (parte política). Entre ambos hay una alianza estratégica, implícita, más o menos directa, más o menos orgánica, pero indudable.**

Ahora bien, lo más sorprendente es darse cuenta de que esta vinculación se da no solamente a nivel político, sino también a nivel técnico: no sólo como alianza respecto de la misión de uno y otro (del poder militar y del capital especulativo), sino respecto de los medios que utilizan. Expliquémonos. La revolución de las telecomunicaciones y de la informática, en cuanto revolución tecnológica, se realizó en buena parte gracias a la investigación dirigida por la industria militar norteamericana durante los últimos años de la guerra fría. Las nuevas tecnologías vinieron de la mano de los programas nucleares que permitieron ganar la guerra fría a los EE.UU. (SDI, etcétera). En nuestro mundo del siglo XX, la investigación tecnológica más avanzada ha sido siempre la orientada a usos militares. Y la investigación civil ha ido a remolque.

Pues bien, esta nueva tecnología de las telecomunicaciones y de la informática, nacida como tecnología militar vinculada a la guerra fría, es la que ha permitido, a nivel técnico, la nueva dinámica especulativa del capital financiero en los mercados internacionales. Una dinámica que nos aparece como una novedad absoluta en el mundo de la economía, no por su naturaleza, que era de sobra conocida —puesto que la

especulación es algo tan viejo como el capitalismo mismo—, sino por las gigantescas dimensiones que ha adquirido. Y son estas dimensiones las que no serían posibles, de no ser por las nuevas tecnologías. Ellas son las que permiten la velocidad a que se mueven los capitales financieros de un extremo al otro del planeta. Ellas son las que han permitido que el mundo se haya convertido en un gran mercado financiero global, abierto las veinticuatro horas del día. En síntesis, el hecho técnico que ha permitido la globalización en cuanto novedad (esto es, las dimensiones de la especulación) es un hecho nacido en los laboratorios militares de la guerra fría.

Fijémonos en que, de todos los factores económicos, el único que tiene una necesidad real de velocidad es el capital financiero con voluntad especulativa. Las mercancías, las materias primas, la mano de obra y el capital productivo no necesitan moverse de un lado al otro del planeta en cuestión de segundos para volver a moverse al cabo de poco tiempo a la otra punta¹⁴. Con las telecomunicaciones y la informática se recorren grandes distancias en segundos. Digamos, metafóricamente, que la industria militar norteamericana le ha regalado su «tesoro» al capital especulativo —después de haberle desbrozado el terreno políticamente—, para que se haga dueño y señor de la economía del planeta. Primero «le» gana la guerra y luego «le» pasa su «juguete» para que satisfaga sus deseos de lucro sin esfuerzo. *El mismo instrumento técnico que permitió ganar la guerra fría es el que ha permitido luego la globalización especulativa.*

14. Se sabe que el problema del hambre en el mundo es una cuestión de distribución de alimentos, no de producción, puesto que con la producción anual actual (de cereales, etcétera) se pueden alimentar todos los habitantes de la tierra. Es una paradoja macabra el que se haya inventado un sistema técnico para trasladar el capital de un lado a otro en segundos y, sin embargo, la humanidad no haya encontrado todavía un medio de trasladar la comida allí donde se necesita (no ya en cuestión de segundos, pero sí con rapidez a la medida de la biología humana), y trasladarla no para volverla a mover, sino para que se quede.

B. EL ATAQUE AL ESTADO DEL BIENESTAR

Las cinco objeciones neoliberales

El otro elemento definitorio de la actual globalización lo han constituido las fuertes presiones que han recibido los poderes públicos en favor del desmantelamiento del Estado del bienestar. Las sociedades que habían ido construyendo el Estado del bienestar a lo largo del siglo XX, y sobre todo durante su segunda mitad, han visto cuestionado su modelo de protección social y sus políticas fiscales redistributivas —que eran los elementos fundamentales de este modelo social—. Dado que el Estado del bienestar es un fenómeno propio básicamente de las sociedades europeas occidentales, el análisis de este tema hará que, por un momento, nos centremos fundamentalmente en la Unión Europea.

Como en el caso de la globalización en general, la crisis del Estado del bienestar se explica habitualmente sólo en términos técnicos o económicos, como si su desmantelamiento fuera algo que viene determinado por la lógica necesaria de las cosas. Pero también aquí nos encontramos ante un problema eminentemente político antes que técnico; un problema ideológico antes que económico —o, mejor dicho, un problema económico en cuanto ideológico.

¿Qué es lo que sucede? Ciertamente, la globalización, el Estado del bienestar, se encuentra con problemas con los que no contaba antes. Pero esto no quiere decir que se haya convertido en algo inviable, como pretenden los apóstoles del neoliberalismo. Con la libertad de movimientos de capitales, las políticas económicas en las que se fundaba el Estado del bienestar —políticas de expansión de la demanda— han perdido eficacia si se hacen desde los Estados. El argumento neoliberal viene a decir: se gasta un dinero desde el Estado para lograr ciertos efectos redistributivos y de crecimiento, pero estos efectos no se consiguen. Por lo tanto, se trata de dinero despilfarrado. Conclusión: hay que dejar de gastarlo; es decir, hay que reducir el Estado del bienestar. Fijémonos en que el argumento neoliberal apela a la eficacia. No discute la bondad o la maldad de las intenciones de las políticas redistributivas y de protección social, sino que se fija sólo en su

efectividad. De esta manera, esta crítica neoliberal parece limpiamente neutral, perfectamente a-ideológica. Pero no lo es.

Dicho esto, hay que reconocer también que, si esta crítica no tuviera una «parte» de verdad, el debate actual para defender/reformar/desmantelar el Estado del bienestar simplemente no existiría. Hay razones neoliberales que pueden parecer incontestables, como las siguientes:

- 1) las políticas de expansión de la demanda, en economías nacionales abiertas como las actuales, se pueden traducir en un aumento de las importaciones (como sucedió en Francia, en 1981, con el primer gobierno Mitterrand), anulando así los efectos positivos que con ellas se pretenden;
- 2) los neoliberales opinan que las políticas de protección social menguan la competitividad de las empresas, porque en una economía mundial abierta al comercio internacional los productos de los países subdesarrollados, sin tanta protección social y con salarios más bajos, son más competitivos; esta protección social sería para los neoliberales la causa principal del paro, por lo que la Unión Europea debería elegir entre el Estado del bienestar (con paro) o el pleno empleo (sin protección social), pero no puede aspirar a ambas cosas a la vez;
- 3) el déficit público, que va asociado a las políticas de estímulo de la demanda y a las políticas propias del Estado del bienestar, es el responsable del «enlentecimiento» económico, porque detrae ahorro de la inversión privada y reduce la inversión total;
- 4) las políticas fiscales expansivas —ya sea aumentando el gasto público, ya sea bajando impuestos— son deficitarias, provocan inflación y aumento de los tipos de interés, lo cual ahuyenta al capital extranjero, que en la economía globalizada es necesario para el crecimiento económico de los países; así, si un país es muy dependiente de los flujos financieros internacionales, está obligado a hacer políticas fiscales restrictivas, opuestas a las políticas propias del Estado del bienestar;

- 5) las políticas monetarias expansivas, aun siendo efectivas contra el desempleo, pueden ser igualmente inflacionarias, con lo cual, igual que en el caso anterior, alejan el capital extranjero; si el país se basta con su ahorro interno, puede permitirse bajar estos tipos arriesgándose a las presiones inflacionistas; pero, si no es así, debe mantener los tipos altos y esperar que la reducción del desempleo venga de la mano de la inversión extranjera.

El resultado de estos argumentos acaba siendo siempre el mismo. En primer lugar: a) la lucha contra la inflación debe ser el objetivo prioritario, lo cual obliga a recortar el déficit público; b) es deseable una tendencia a las políticas monetarias restrictivas (tipos de interés altos). Estas dos políticas son la «gloria» para los ahorradores, es decir, para los propietarios de capital, que pierden dinero con la inflación alta y lo ganan con los tipos de interés altos. En segundo lugar: a) hay que presionar para que la protección social sea lo más pequeña posible, por ser causa de déficit público; b) hay que presionar para moderar los incrementos salariales de los trabajadores, porque causan inflación. Estas dos políticas son la «gloria» para los empresarios en una economía capitalista, puesto que ambas permiten incrementar los beneficios de los propietarios de la empresa.

A medida que se ha ido imponiendo el pensamiento neoliberal, que acompañaba a la creciente libertad de movimiento internacional de capitales financieros asociada al sistema de tipos de cambio variables, los gobiernos se han convertido, poco a poco, en rehenes de los mercados financieros y del capital extranjero. El Estado ha sido presionado para que desapareciera como agente económico —acusado de fomentar el riesgo deficitario e inflacionista—, y la economía ha ido quedando únicamente en las manos del mercado, que se ha convertido en el único elemento regulador de la sociedad. Ya desde los ochenta, los gobiernos democráticamente elegidos, aun siendo de partidos de izquierdas, renunciaron a hacer políticas redistributivas o de lucha contra el paro.

Las cinco (o seis) respuestas socialdemócratas

Sin embargo, cada uno de los cinco argumentos neoliberales –que parecen disparar contra la línea de flotación del Estado del bienestar, es decir, contra las distintas políticas económicas que pueden sostenerlo– pueden ser rebatidos, puesto que, aun teniendo una parte de verdad, son profundamente ideológicos. (Digamos que con la teoría económica neoliberal sucede como con la física neoaristotélica al principio del Renacimiento, en tiempos de Galileo: es una ideología desmentida por los hechos, pero se vende como una teoría científica, con tal de defender los intereses de los poderosos). Para cada uno de los problemas que señala el neoliberalismo, hay una alternativa, que la mayoría de las veces pasa, en el caso de la Unión Europea –que es el caso del que estamos hablando aquí–, por reconstruir el Estado del bienestar a nivel regional, con políticas comunes o coordinadas entre todos los países de la UE. Las políticas que no son eficaces a nivel nacional podrían alcanzar mayor eficacia si se articularan a nivel regional. Veamos las respuestas a los argumentos neoliberales:

- 1) El riesgo de que el gasto fiscal del Estado vaya –a causa de la apertura de las fronteras comerciales– a alimentar la demanda de los países vecinos y no repercuta en un crecimiento del PIB nacional –caso del primer gobierno Mitterrand– no existiría si este incremento del gasto fiscal fuera simultáneo y coordinado entre todos los países de la región susceptibles de absorber el gasto del vecino. Veamos un ejemplo: si una bolsa vacía está comunicada con otras bolsas vacías y se llena de agua, el nivel no subirá, porque el agua se irá a las otras bolsas; pero si se llenan todas las bolsas a la vez, aunque estén comunicadas, subirá el nivel de la primera bolsa, igual que el de todas las demás.
- 2) Está perfectamente demostrado que la protección social no disminuye la competitividad de las economías europeas, sino todo lo contrario: las hace *más* competitivas. A la pretensión de que la suma de glo-

balización comercial + protección social sea la causante del paro en Europa hay que responder lo siguiente: que los flujos comerciales provenientes de los países pobres son ahora –porcentualmente– prácticamente iguales que durante los años en que en Europa occidental había pleno empleo. Por lo tanto, entre el paro y la globalización comercial apenas hay una relación directa. *Los salarios bajos de los países subdesarrollados que se han industrializado recientemente tienen poco que ver con el paro europeo.* El otro ejemplo utilizado por los neoliberales para justificar la idea de que el pleno empleo y la protección social son incompatibles lo constituyen los Estados Unidos, donde ahora mismo (años 1997, 1998), hay teóricamente pleno empleo y crecimiento sin inflación, y todo ello –según dicen– gracias a que la protección social es mínima. Sin embargo, resulta que, *bien analizado, en los EE.UU. el paro masculino es igual que en Europa.* Pero para darse cuenta de ello hay que contar la población recluida en las prisiones –que en realidad son parados expulsados del sistema laboral– y con los «desanimados» que no buscan empleo, grupo que paradójicamente ha crecido en los últimos años de supuesto «boom» económico. En conclusión, el paro masculino en EE.UU. es, en realidad, el mismo que en la UE, lo cual demuestra que tiene causas distintas de la protección social.

- 3) La inversión pública no depende del ahorro público (del déficit público). Está demostrado que épocas de alto déficit público han ido acompañadas de gran inversión privada y de alto crecimiento. Porque, *en realidad, la inversión privada viene prioritariamente determinada por la demanda nacional.* El aumento de la demanda y del consumo estimula la inversión, lo cual aumenta los ingresos y los ahorros. Actualmente hay una gran capacidad de ahorro; en cambio, el nivel de crecimiento económico es comparativamente muy bajo. Esto sucede porque el empobrecimiento de la población y la reducción de los déficits públicos han

frenado la demanda y, en consecuencia, la inversión y el crecimiento. Por lo tanto, las políticas de mayor gasto público pueden ser positivas para el crecimiento. De hecho, la inversión pública es la que permite ganar eficacia a la inversión privada, todo lo cual se traduce en crecimiento. *En definitiva, el déficit no es el causante del «enlentecimiento» económico, como pretenden los neoliberales, sino que es consecuencia del mismo.* Las políticas restrictivas promovidas por el neoliberalismo (tipos de interés altos y poco gasto público) frenan el crecimiento y, en consecuencia, menguan los ingresos fiscales del Estado y lo dejan en situación deficitaria.

- 4) y 5) Quedan respondidos también con el argumento anterior. Si la demanda se estimula, la inversión viene detrás, y el capital afluye. Además, en una economía con el nivel de paro de las europeas, las políticas de demanda no tienen por qué ser inflacionarias. El déficit o los tipos de interés bajos sólo son necesariamente inflacionarios en una situación de pleno empleo, que no es el caso de la UE actualmente.

En definitiva, la causa del paro actual en la UE parece ser más bien el «enlentecimiento» del crecimiento económico, derivado de la inestabilidad propia del sistema financiero internacional, basado en tipos de cambio flexibles y en una movilidad absoluta y desregulada del capital, con sus desviaciones especulativas. Con una intención profundamente ideológica, el neoliberalismo ha culpado de este «enlentecimiento» a las políticas económicas propias del Estado del bienestar y, en consecuencia, se ha concluido que había que desmantelarlo para recuperar el crecimiento. Sin embargo, lo único que ha hecho el Estado del bienestar ha sido «parar el golpe» con sus sistemas de protección; golpe que implicaba este «enlentecimiento» del crecimiento. Los déficits públicos son resultado de este «parar el golpe». Pero, acabando con ellos, no se acaba con el «enlentecimiento», tal y como está demostrando de manera clamorosa la situación actual de la economía de la UE. Ahora, con Maastricht, ya no tenemos déficits públi-

cos en la UE, y, sin embargo, el crecimiento sigue siendo mediocre.

Como dice Navarro, «si las tasas de crecimiento de los años cincuenta y sesenta se hubieran mantenido (en lugar de reducido) durante los años setenta, ochenta y noventa, tendríamos hoy pleno empleo y dispondríamos de suficientes fondos para continuar expandiendo el Estado del bienestar»¹⁵. Sin embargo, los gobiernos se han convertido en prisioneros de los mercados financieros y, con la excusa de que este secuestro traería el crecimiento, han frenado éste y han enriquecido a los propietarios de capital sobre la base de tipos altos e inflación baja. Con las políticas económicas públicas adecuadas, el paro puede ser combatido. Pero el problema, durante estos años, ha sido que los gobiernos han renunciado a combatir el paro, porque han optado por luchar contra la inflación¹⁶.

Hay un único argumento que nos permite pensar que el paro no es debido solamente a la reducción del ritmo de crecimiento económico. (Pero, en todo caso, este ritmo se ha reducido a la mitad, pasando de un 5% anual durante los años sesenta a un 2,5% de promedio anual desde los setenta hasta ahora. Como reconoció el propio Banco central de los EE.UU. en 1994, esta reducción fue «causada por la inestabilidad financiera creada por la gran variabilidad de las divisas»). Este argumento es el de la revolución tecnológica y el de la

15. V. NAVARRO, *op. cit.*, p. 216.

16. En este sentido, la cumbre europea de Luxemburgo de otoño de 1997 es una inflexión importante, puesto que se propone combatir el paro en la UE como medida prioritaria de la política económica de los gobiernos. Y buscar el pleno empleo siempre supone un refuerzo de la filosofía y de las bases económicas y sociales del Estado del bienestar. En este sentido, esperemos que no signifique dejarnos llevar por el deseo el considerar que Luxemburgo bien pudiera ser el principio del fin del ciclo neoliberal.

En todo caso, acabar con este ciclo es bien necesario en la nueva UE de la moneda única, puesto que el euro es un arma de doble filo. Compensado por una política socialdemócrata, puede ser la base necesaria para reconstruir el Estado del bienestar a nivel europeo. Pero dejado en las actuales condiciones, y con la actual hegemonía de las tendencias neoliberales, será más bien el tiro de gracia que arrastre hacia su degradación lo que de los Estados del bienestar nacionales queda todavía en pie.

robotización. Pero, ante este hecho innegable, lo único que podemos hacer es alegrarnos, puesto que supone un progreso humano, es decir, supone un ahorro del penoso esfuerzo de miles de trabajadores y un aumento de la productividad. El único problema en este terreno es decidir quién se queda con los frutos de este aumento de productividad. Si el paro es fruto, efectivamente, de la revolución tecnológica, la única respuesta lógica –y justa– en este caso es *la reducción de jornada sin reducción salarial*, lo que supone repartir entre todos el aumento de productividad. Ésta es la sexta respuesta que refuerza las cinco anteriores. Entre todas configuran lo que debería ser una política económica socialdemócrata que sirva eficazmente para hacer frente al contexto globalizado de la actual economía mundial.

*El Estado del bienestar, la URSS y la democracia:
teoría de la legitimación versus teoría de la democracia*

Ante este predominio del pensamiento neoliberal, que se ha puesto de manifiesto, por ejemplo, con los célebres criterios del tratado de Maastricht para entrar en la moneda única –no en el hecho de la unificación monetaria en sí–, ¿qué pueden hacer las sociedades de la UE? ¿Cuál es la alternativa para imponer las políticas alternativas aquí esbozadas que no respondan a la voluntad de los mercados financieros –esto es, de los propietarios del capital–, sino a la voluntad de la mayoría de las poblaciones y, dentro de ellas, especialmente a la de los parados? Tenemos unas democracias que aplican unas políticas neoliberales, y esto es una contradicción. La democracia debería favorecer los intereses de la mayoría, dado que durante años, dejándose llevar por la corriente dominante de pensamiento económico, ha ejecutado una política a la medida de las minorías capitalistas.

Ante esto, evidentemente, lo único razonable y efectivo es recuperar el sentido original de las democracias europeas occidentales. Forzar a los poderes públicos y a los gobiernos, desde los mecanismos democráticos, a aplicar unas políticas posibles, si hay voluntad política de aplicarlas. La pregunta que sigue en pie es la siguiente: ¿cómo ha sido posible que las democracias occidentales hayan sido dejadas de lado,

durante los últimos veinte años, en su voluntad lógica de desarrollar el Estado del bienestar, que, de hecho, era el hijo natural de estas democracias?

Esta pregunta ha encontrado a menudo una respuesta que tiene mucho que ver con lo que hemos estado tratando desde el comienzo de este ensayo. Según esta respuesta, el Estado del bienestar fue posible mientras existieron el bloque del Este y la URSS, esto es, mientras siguió en pie el «peligro comunista». En tal situación, el capital europeo occidental se vio obligado a ceder ante su clase obrera, y el resultado de esta cesión fue el Estado del bienestar, es decir, la democratización de la economía y la consiguiente democratización de la sociedad que ello conllevaba. Sin embargo, a partir del momento en que el bloque occidental empezó a ver la guerra fría ganada, el capital europeo inició su ofensiva para recuperar el terreno cedido, es decir, para retroceder en lo que habían sido las políticas redistributivas del Estado del bienestar. El neoliberalismo, pues, tendría dos grandes objetivos políticos, perfectamente ligados: la derrota del bloque del Este (del comunismo) y la «derrota» del Estado del bienestar (de la socialdemocracia). Para el neoliberalismo, ambos son parientes cercanos, y no es extraño oír a la derecha europea acusar a la socialdemocracia de haber perdido la razón de ser, después de la derrota del comunismo.

En algún sentido, esta derecha —sin saberlo— acierta. El Estado del bienestar occidental fue posible gracias a la existencia del bloque del Este y de la URSS. Pero, a diferencia de lo que piensa la derecha neoliberal, esto no es un motivo de vergüenza para el Estado del bienestar, sino, en todo caso, para el capital. Porque quiere decir que éste sólo fue capaz de ceder por miedo a que la izquierda reformista (socialdemócrata) derivase hacia posiciones revolucionarias (comunistas). Ésta es la teoría de la *legitimación*, según la cual el capital intentó ganarse a las clases populares mediante las políticas sociales, evitando así que Europa occidental se inclinara hacia el bloque del Este. En consecuencia, para esta teoría es fácil interpretar lo que está sucediendo actualmente con el Estado del bienestar: conjurado el peligro rojo, es innecesario ceder ante las clases populares. El capital ya no tiene miedo y decide dismantelar las políticas públicas de protec-

ción social, que le resultan demasiado caras. Y lo hace aun a costa del crecimiento.

Sin duda, esta teoría parece hacer una interpretación de los hechos coherente y diáfana. Sin embargo, ¿qué consecuencias tiene? Pues que en esta visión parece no quedar ninguna esperanza para el futuro del Estado del bienestar y de las políticas socialdemócratas. Esta teoría dice que, mientras hubo URSS, hubo Estado del bienestar en Europa occidental; y que, una vez extinguida la URSS, el Estado del bienestar tiene los días contados. Es un pronóstico pesimista no descartable. Pero en él hay un «defecto» grave: no deja lugar alguno para la democracia. En esta perspectiva, todo depende del miedo o de la confianza que el capital tenga en cada momento, ante lo cual la voluntad popular tiene nada o poco que hacer. Esta teoría nos da a entender que las democracias occidentales son unos sistemas políticos «secuestrados» por el capital, en los que el modelo social no es decidido por las urnas, sino por una minoría de poderosos.

Hay, sin embargo, «otras» teorías interpretativas del Estado del bienestar. Son las que consideran que fue fruto no tanto del miedo del capital a la URSS, cuanto de las luchas de la clase obrera durante el siglo XX. Es decir, el Estado del bienestar habría sido una conquista de los movimientos socialistas, que primero consiguieron instaurar la democracia de sufragio universal —la democracia tal como la entendemos nosotros— en los países europeos, y luego, gracias a esta democracia, consiguieron el progresivo desarrollo del Estado del bienestar y de sus políticas económicas y sociales. Éstas son, pues, fruto de la sangre, el sudor y las lágrimas de las clases populares y de sus luchas políticas durante un siglo.

De acuerdo con esta otra visión, la crisis actual estaría motivada por una causa algo distinta de la aducida por los defensores de la teoría de la legitimación. Esta visión admite, igual que ellos, que las políticas neoliberales habrían intentado acabar tanto con el bloque soviético como con el Estado del bienestar. Pero cree, en cambio, que ambas luchas no están vinculadas y que, por lo tanto, la victoria neoliberal en la primera no implica una victoria en la segunda. Según esta interpretación, las nuevas condiciones económicas internacionales impuestas por el neoliberalismo serían las cau-

santes de la crisis del Estado del bienestar; pero la democracia sí podría hacer frente a la embestida neoliberal y conservar el Estado del bienestar. La crisis del Estado del bienestar sería más bien un problema de sostenibilidad financiera, es decir, «técnico», mientras que para la teoría de la legitimación sería un problema «político», derivado de la modificación de la correlación de fuerzas y del pacto social resultante.

De acuerdo con esta segunda interpretación, se podría incluso decir que fue la propia democracia de las sociedades europeas occidentales la que quiso la comunidad europea y la que, en consecuencia, puso el Estado del bienestar en entredicho, puesto que sus crisis «técnicas» o financieras tienen que ver, en parte, con la llegada del mercado único. Por lo tanto, si ha sido la propia dinámica democrática la que ha cuestionado involuntariamente el Estado del bienestar en su modelo actual, esta misma dinámica, que lo quiso en su origen, puede perfectamente rehacerlo a nivel europeo. En resumen, para esta segunda teoría, aunque haya acabado la guerra fría, el Estado del bienestar no corre ningún peligro, y su futuro está perfectamente asegurado en manos de la democracia.

¿Cuál de las dos teorías tiene razón? La discusión no es en absoluto casuística, pues de ella depende la previsión de futuro para el Estado del bienestar europeo. Para nosotros, ambas aciertan parcialmente y ambas yerran. Creemos innegable que el factor determinante de la existencia del Estado del bienestar fue «la sangre, el sudor y las lágrimas» de la clase obrera occidental. Pero seguramente esta «sangre», por sí sola, no habría sido suficiente ante el capital, y tuvo en la URSS una inestimable ayuda para alcanzar sus propósitos. Seguramente, las luchas democráticas occidentales, sin el Este, no habrían logrado lo que lograron; y sin el peligro comunista, el Estado del bienestar no se habría desarrollado como se desarrolló, sobre todo durante los años cincuenta y sesenta.

Sin embargo, que el «factor URSS» fuera determinante no quiere decir que el terreno cedido por el capital pueda ser recuperado por el mero hecho de que la URSS haya desaparecido. Las conquistas sociales del movimiento obrero occi-

dental se han asentado, de manera que ahora son seguramente un camino sin retorno —aunque sea muy arriesgado en la vida social pretender que algo se ha conquistado para siempre—. Queremos creer que *el Estado del bienestar ha provocado durante este siglo un efecto de reforzamiento de la democracia que permite ahora que ésta, recíprocamente, sea capaz de asegurar el mantenimiento de este Estado del bienestar por sí misma, sin necesidad de ayudas exteriores*. Se trataría de constatar una dialéctica histórica de mutuo reforzamiento entre la democracia y el Estado del bienestar. Lo que en su origen la democracia europea occidental no habría podido hacer sola —hacer nacer las políticas sociales—, ahora sí puede hacerlo sola —el mantenimiento y, de ser necesario, el desarrollo de dichas políticas.

Así pues, a nuestro entender, ambas teorías aciertan en su primera parte, y ambas fallan en la segunda. Es cierto que el Estado del bienestar existe gracias a la URSS, tal como dicen los defensores de la teoría de la legitimación; es cierto que su factor principal fue la «sangre» del movimiento obrero occidental. Sin embargo, no es cierto que sin la URSS el Estado del bienestar sea insostenible; ni tampoco es cierto, como podría dar a entender una versión ingenua de la interpretación democrática, que el mantenimiento del mismo o su reconstrucción a nivel europeo sea algo asegurado por la mera existencia de la democracia. Alguna razón tienen los defensores de la teoría de la legitimación cuando concluyen que las democracias occidentales están «secuestradas» por la voluntad del capital y por el mercado. Por ello, lo que intentamos decir nosotros es que *la democracia se basta y se sobra para lograr la reconstrucción (pleno empleo, etcétera) y la profundización de las políticas sociales, así como la filosofía del Estado del bienestar*; pero ello no significa que tal proceso sea fácil ni automático, sino todo lo contrario: es posible, *pero supondrá una lucha larga y difícil, para la cual hará falta mucha pedagogía democrática y muchas batallas ideológicas* en las que el capital, sin duda alguna, jugará al máximo todas sus bazas¹⁷.

17. Veamos, a modo de ejemplo inmediato, cuál ha sido la reacción de la patronal francesa ante la propuesta del gobierno socialista de aquel país

Imperialismos de la misma familia: tendencia centrípeta, tendencia centrífuga (la guerra del Golfo como escenificación del imperialismo latente)

De lo que hemos dicho podemos concluir que el Estado del bienestar es en buena medida la antítesis, como modelo social, económico y político, de la filosofía que subyace a la globalización actual. El primero supuso la gran conquista histórica de la fuerza del trabajo. La segunda es el gran triunfo histórico de la fuerza del capital. El Estado del bienestar tiene un efecto redistributivo con respecto a la riqueza, es decir, un efecto centrífugo. Y por eso fomenta el crecimiento económico. El capital financiero especulativo, que es el protagonista más o menos oculto de la globalización, tiene un efecto contrario respecto de la riqueza: un efecto centrípeta, puesto que, al enriquecer sin crear necesariamente riqueza, lo que hace es ir concentrando ésta cada vez en menos manos. Por eso frena el crecimiento.

Fijémonos en que la gran diferencia política que hay entre la globalización actual y la primera, de finales del siglo XIX, es la ofensiva contra el Estado del bienestar. A finales del XIX, el Estado del bienestar sencillamente no existía. La globalización actual provoca presiones para desmantelarlo, porque supone una dinámica redistributiva, *centrífuga*, contraria a la dinámica *centrípeta* de los capitales financieros especulativos. En cambio, la anterior globalización no contaba con este obstáculo político, y por eso se pudo desarrollar hasta el paroxismo de la dinámica centrípeta, es decir, hasta el inicio de las dos guerras mundiales. Alguna razón tenían los marxistas de principios de siglo cuando preveían que la única salida de aquel capitalismo imperialista era la confrontación bélica. Ahora la dinámica centrípeta no se manifiesta en forma de confrontación bélica, sino de presión sobre los mecanismos centrífugos —redistributivos—, que antes no existían. La dinámica centrípeta del capital tiene un obstáculo

de imponer por ley la reducción a 35 horas. Esta cuestión de la jornada, que es uno de los pasos más importantes que se han dado en los últimos años en favor del mantenimiento del Estado del bienestar y de la recuperación de la senda del pleno empleo que le iba aparejado en un principio, ha recibido la más virulenta de las respuestas empresariales.

previo que destruir, que es el Estado del bienestar. No queremos decir con ello que la vocación del imperialismo que se manifiesta en la actual globalización sea necesariamente militar, entre otras razones porque, con la llegada del armamento nuclear, de hecho la opción militar queda neutralizada: la dinámica centrípeta no puede llegar a sus límites, dado el riesgo de una destrucción que perjudique a los propios vencedores. Lo único que queremos decir es que hay que darse cuenta de que las fuerzas que actualmente presionan en pro del desmantelamiento del Estado del bienestar son las mismas que en la globalización del XIX acabaron conduciendo a una guerra mundial —la misma guerra en dos capítulos¹⁸.

18. Si no podemos decir que sean las mismas fuerzas, sí podemos decir al menos que son fuerzas con un grado de parentesco elevado. Estas fuerzas son las del capital financiero sostenido por un ejército. Ahora este ejército es unipolar y hegemónico y defiende el capital de los distintos actores —Estados Unidos, Europa, Japón—, debidamente jerarquizados. A principios de siglo, los ejércitos eran varios, cada uno defendía su capital financiero nacional, y todos ellos pretendían ser hegemónicos, en solitario o en base a alianzas (Estados Unidos-Francia-Gran Bretaña, versus Alemania-Italia-Japón).

Hay que tener en cuenta que este «obstáculo añadido», el Estado del bienestar, con el que se encuentran los capitales financieros actuales cara a su dinámica centrípeta, es una ventaja incluso para ellos mismos. Mientras tienen la tarea «añadida» de presionar contra las dinámicas redistributivas —centrífugas— de este Estado, se han podido ahorrar la necesidad de entrar en una dinámica bélica, a diferencia de lo que sucedió con la globalización anterior. Dado el potencial nuclear de los ejércitos actuales, es posible que actualmente ellos mismos salieran perjudicados de esta dinámica bélica. El Estado del bienestar les ocupa las energías, y así evita la *terrible disyuntiva* entre renunciar a la propia dinámica centrípeta o continuarla a riesgo de sucumbir bajo el caos nuclear.

Sin embargo, no hay que olvidar que la dinámica bélica se ve entonces *derivada a un escenario secundario* y es ejecutada con unos instrumentos secundarios (no nucleares), como puso de manifiesto sobre todo la guerra del Golfo. Este conflicto con Irak expresaba la necesidad que tiene un capitalismo dirigido por el capital financiero especulativo de resolver sus propias aporías mediante la guerra. Por eso, esta guerra se desarrolla en un escenario geográficamente secundario —no hay conflicto entre potencias, sino con un país periférico—, pero no tan secundario desde el punto de vista de la lógica del sistema, dado que se trata del escenario del petróleo, un escenario que es estratégicamente trascendental para el capitalismo global actual.

Por eso este conflicto del Golfo, en la medida en que es derivado, debe mantenerse vivo permanentemente, pero sólo de una forma laten-

De modo que a causa del armamento nuclear, por un lado, y gracias al Estado del bienestar, por otro, el imperialismo implícito en el capital, aunque sigue vivo, evita la guerra. Pero en su manifestación económica la naturaleza del fenómeno es muy similar a la del imperialismo de finales del XIX. Tan similar que los protagonistas de las dos guerras —EE.UU., Alemania, Gran Bretaña y Japón— son ahora los protagonistas de la globalización financiera. Por tanto, no se trata de alertar respecto de los riesgos bélicos globales, que por ahora parecen conjurados, sino que se trata de ver la continuidad entre lo que pasaba en la primera globalización y lo que sucede ahora: en ambos casos se trata de un imperialismo dirigido por el capital financiero. Sin embargo, el actual utiliza medios diferentes, más sutiles. Ahora se trata de un imperialismo *light* —el de los EE.UU.—, relativamente más democratizado con relación a los imperialismos europeos de los siglos XIX-XX —*light* únicamente desde que ha acabado la guerra fría.

Si consideramos que la globalización del XIX y la actual son dos etapas de un mismo y único proceso de globalización —la unificación del mundo que estaba en la esencia del capitalismo desde su origen—, veremos que en ella un mismo proceso económico va tomando formas políticas (pero siempre

te, sin resolución, ni pacífica ni militar. ¿Por qué? Porque este conflicto expresa una necesidad bélica esencial al capitalismo especulativo (centrípeto); necesidad que no puede ser manifestada auténticamente, es decir, como un verdadero conflicto militar internacional. Por eso decimos que lo transfiere a un conflicto derivado. Sin embargo, la misión de este conflicto no debe ser la de resolver periféricamente lo que no puede ser resuelto a nivel global: el conflicto del Golfo no es una guerra regional que sustituya a una hipotética guerra mundial. Es una pseudo-guerra que expresa la imposibilidad de explotar que tiene la guerra mundial. Por eso es una guerra en parte bilateral (Irak-EE.UU.), en parte regional (Oriente Medio), pero que acaba implicando prácticamente a todos los actores de la política mundial (Europa, Rusia, Japón, etcétera). Así demuestra que es «metáfora» de una guerra mundial. Y por eso no puede resolverse nunca y debe estar en estado de latencia permanente, siempre a punto de renacer como conflicto bélico. Así demuestra que es «metáfora» de una guerra —la mundial— imposible; es decir, demuestra que la guerra mundial está implícita en la dinámica económica internacional, pero que no puede explotar de ningún modo. El conflicto del Golfo no es una «guerra»-«regional», sino la expresión de una «guerra imposible»- «mundial».

imperialistas). Ahora no tenemos guerra mundial a la vista, como en el XIX; entonces no había ataque al Estado del bienestar, como ahora, ni se daba la actual «velocidad especulativa». Insistimos en esta conclusión, porque creemos que tiene una doble cara. Tiene una cara positiva: constatamos que el imperialismo actual es menos nocivo para la vida humana que aquél. O menos nocivo de manera directa¹⁹. Pero tiene una cara negativa, previa: la globalización que tenemos ahora es la continuación de aquella que desembocó en las dos guerras mundiales. Y esto es lo que, dicho así, de este modo, no podíamos suponer.

3. Democracia mundial versus imperio: ¿Estado liberal mínimo mundial o Estado del bienestar mundial? Los derechos del capital enfrentados a los derechos del hombre. Los pobres como variables o los pobres como fines.

El imperio, sus medios (ejército y publicidad) y su directorio

Por todo lo que acabamos de ver, podemos decir que la guerra entre el bloque capitalista y el bloque soviético fue «fría», pero la victoria capitalista ha sido «caliente» –indudablemente «caliente»–. Una vez analizada la cuestión, son evidentes los beneficios materiales y tangibles que han obtenido los ganadores, los propietarios del capital –una minoría de la población mundial, es decir, de la sociedad internacional–: han obtenido la imposición de unas reglas del juego en la economía internacional que favorecen sus intereses; han conseguido un reparto de la riqueza que anualmente produce el planeta claramente favorable para ellos y, si se observa con un poco de detenimiento, manifiestamente injusto.

19. Como explica Ignasi de Senillosa en estas mismas páginas, la mortalidad anual derivada del subdesarrollo económico de los países pobres equivale a 40 bombas de Hiroshima. Cada año la economía mundial hace «explotar» 40 «bombas atómicas». Por tanto, la globalización, en la medida en que tiene que ver –y mucho– con este subdesarrollo, es tan destructiva en realidad como las guerras mundiales hijas del primer imperialismo.

Esta minoría manda en el sistema económico mundial, porque controla el recurso escaso y necesario: el capital. El hecho de que un recurso tan clave como el capital esté en manos de una minoría, difícilmente puede ser aceptado como algo legítimo. La población mundial no puede concebir como justa esta situación. Las situaciones injustas que cuentan con la oposición de las mayorías sólo pueden ser sostenidas a través de la *coacción, física (directa) o psicológica (indirecta)*. El capitalismo actual, de acuerdo con esta lógica inevitable, se mantiene básicamente a través de sus *medios de propaganda* —la *publicidad*, básicamente— para ejercer la coacción psicológica, y de sus *medios militares* para ejercer la coacción física. Si la fuerza militar de los EE.UU. fue clave para permitir la eclosión de la globalización actual, es clave ahora para el mantenimiento de la misma, pues, por ser injusta, sólo se puede sostener por medio de las armas.

Los sistemas políticos, sociales y económicos que se fundamentan en el poder militar encuentran su mejor y más ilustrativa denominación en la palabra *imperio*. Actualmente vivimos, pues, en una *época imperial*, tal como ya hemos apuntado al final del apartado anterior. Seguramente, la propaganda cultural sea un factor más importante a la hora de imponer la actual globalización del capitalismo, pero de este factor cultural se habla en otras partes de este mismo libro. Lo que aquí nos toca analizar es la dimensión política de la cuestión, y el factor militar es un punto central de esta dimensión política. Además, el «imperialismo cultural» del capitalismo occidental no sería posiblemente el que es si no se sustentara, en último término, en el factor militar, es decir, en el «imperialismo militar» occidental²⁰. La institución que encarna esta base militar del imperio capitalista occidental es, evidentemente, la OTAN. En ella, como es bien sabido, la parte clave es el ejército norteamericano.

20. Por qué el mundo capitalista occidental, y en especial los EE.UU., son más fuertes militarmente, es una cuestión que entra ya en otro orden de cosas. La eficacia económica superior del mundo capitalista, la estructura de valores de sus sociedades, aquello que Morgenthau llamaba la «fuerza moral» de los pueblos, todos estos y otros son factores que habría que tener en cuenta para analizar el tema.

El directorio de este imperio, podríamos decir de entrada, son los EE.UU. Pero la cuestión no es tan simple ni tan inmediata. El directorio de este imperio no son las instituciones políticas de los EE.UU., ni su Administración pública, ni su gobierno. Porque no sería lógico que fuera un poder democrático el que ejerciera el directorio de un imperio. Y las instituciones norteamericanas –incluso teniendo en cuenta todos los déficits democráticos del sistema político norteamericano– tienen, en última instancia, una legitimidad democrática. El directorio de este «imperio capitalista occidental» es la *coalición de intereses* –de la que ya hablamos antes– entre el capital financiero (especulativo), que se ha enseñoreado de la economía internacional, y el complejo militar-industrial, que domina la escena política internacional de manera indirecta –y lo hace precisamente a través de las instituciones políticas teóricamente democráticas–. Esta *coalición* utiliza a los poderes democráticos más poderosos –el gobierno de los EE.UU., por ejemplo– a su antojo con mucha frecuencia. En la medida en que este poder se deja manipular o, simplemente, es manipulado, pierde su legitimidad democrática. Pero esto no quiere decir que este gobierno tenga, por sí mismo, la voluntad de actuar de directorio del imperio –o de la coalición de intereses, que viene a ser lo mismo.

En qué medida el gobierno de los EE.UU. –y los gobiernos occidentales en general– son cómplices de esta coalición, es algo que depende en parte de la ideología política de sus respectivas sociedades. La sociedad norteamericana y su clase media y media-alta pueden llegar a ser defensoras, de hecho, de este imperialismo capitalista. En este caso, sí que coinciden el poder democrático y la coalición de intereses económico-militar en el directorio del imperio. Sin embargo, actualmente no puede decirse que la sociedad norteamericana, en su expresión democrática, tenga una vocación especialmente imperialista. Al contrario. Clinton –que sería el representante de esta expresión democrática de la sociedad yanqui– ha intentado hacer, en ocasiones, una política independiente del directorio imperial. Sin embargo, desde que alcanzó la presidencia, ha tenido que ceder sistemáticamente ante los dos poderes del imperio: el complejo militar industrial y el capital financiero especulativo, que han ejercido su «dik-

tat» una y otra vez en los últimos años. En el primer caso, véase por ejemplo la negativa del Pentágono a que los EE.UU. firmaran el tratado de minas anti-personales; en el segundo, véase el caso del nombramiento del presidente de la Reserva Federal en 1994, o la reducción del déficit –aun a costa de los programas sociales y sanitarios.

El presidente de los EE.UU. no es, por tanto, el hombre más poderoso de la tierra, y en este ejemplo se pone de manifiesto *la contradicción que existe entre la dinámica democrática de las sociedades capitalistas occidentales y su dinámica imperial*. El capital financiero y el poder militar son los dos muros infranqueables que no pueden ser traspasados por los poderes y las estructuras democráticas de los países más importantes del planeta. Ni siquiera por sus presidentes. Quien manda es el «directorio», y cuando el poder democrático occidental no coincide con él, peor para este poder democrático.

El Estado mundial: Estado liberal o Estado democrático

El G-7, la OTAN, el FMI, la OMC y el Banco Mundial son las instituciones que, a fin de cuantas, acaban haciendo *de brazo ejecutor del «directorio» del «imperio»*, organizando la economía mundial de manera que beneficie a una minoría de la población mundial, de la sociedad internacional, y perjudique a una gran mayoría, ya sea porque se la explota a través del trabajo y el comercio desigual, ya sea porque simplemente se la excluye o margina. Ante esto, ¿qué hay que hacer? Habría que cambiar (¡fáciles son las palabras!) el sistema económico mundial. Este sistema, recordémoslo, puede ser cambiado, porque responde a una voluntad política y a unas inercias históricas que no son inexorables ni necesarias. Este sistema es así porque los fuertes –esto es, los ricos (una minoría)– tienen, a la hora de determinar las reglas del juego, una capacidad de presión mucho mayor que la de los pobres (la mayoría). Los ricos pueden adecuar el sistema económico mundial a sus intereses, de manera que la desigualdad *se reproduzca* permanentemente. Esta permanencia de la desigualdad nos da una sensación de inevitabilidad y de necesi-

dad de la desigualdad; pero esta misma permanencia es un problema «político», es decir, «humano», no «natural».

Los pobres no tienen ninguna o casi ninguna capacidad de presión para establecer las reglas del juego económico. Por lo tanto, el desideratum sería establecer un sistema político internacional en el que la capacidad de presión de los pobres aumentase, y la de los ricos disminuyese. Si la capacidad de presión se equilibrara, el sistema económico internacional resultante defendería por igual los intereses de unos y otros, y automáticamente la distribución de la riqueza mejoraría y entraría en una senda de corrección de las diferencias entre ricos y pobres. Esta posibilidad de equilibrar la capacidad de presión de todos por igual, ya hace 2.500 años que tiene nombre: se llama *democracia*, democracia política. La conclusión que deberíamos extraer de aquí es que una democracia política mundial acabaría, a la larga, con la desigualdad económica a nivel mundial y, en consecuencia, con la pobreza mundial²¹.

Hemos llegado, por lo tanto, a la dialéctica fundamental que, a nuestro juicio, emerge de un análisis de la dimensión política de la globalización: *el enfrentamiento entre la democracia mundial y el imperio «mundial» (capitalista occidental)*. Lo que tenemos es el imperio. Lo que queremos —lo que sería justo— es la democracia. De hecho, el imperio, por su

21. A este respecto queremos hacer dos consideraciones. La primera consiste en que la pobreza es en gran parte una cuestión de desigualdad, es decir, de posición relativa en el conjunto, como ya hemos señalado anteriormente, y que, por lo tanto, no es aventurado decir que acabar con la desigualdad supone acabar con la pobreza. No queremos subestimar la dimensión absoluta de la pobreza —el nivel de vida considerado independientemente de toda comparación—, pero esta otra dimensión no puede ser considerada la dimensión fundamental si se mira la evolución histórica de las sociedades humanas. Un rico de hace siglos era rico (un noble medieval, por ejemplo), aunque pueda ser considerado pobre de acuerdo con una hipotética línea que mida el nivel de vida en términos absolutos.

En segundo lugar, queremos señalar que la identificación entre democracia política e igualdad económica es, en estas páginas, una base a nuestro parecer irreprochable de cualquier análisis político, económico y social. Por poner un ejemplo, diremos que, a nuestro entender, la sociedad norteamericana es menos igualitaria que la europea occidental, porque la democracia norteamericana es más imperfecta que la europea.

misma naturaleza, es necesariamente contrario a la universalidad; es decir, corresponde a una particularidad que se quiere universal o que se impone al conjunto. Por eso, el imperio en realidad nunca puede ser verdaderamente «mundial». Es la democracia la que, por su misma esencia, se identifica con la universalidad, y por eso sólo ella puede ser realmente «mundial».

En este punto, el lenguaje propio del análisis político nos depara una paradoja que sería cómica si no fuera trágica. El pensamiento progresista, emancipatorio, que está en contra de la pobreza y de la injusticia social, ha defendido en distintos momentos de su desarrollo la idea de un *Estado mundial*. Es la vieja idea de muchas filosofías y religiones que, desde hace siglos, han reflexionado sobre la universalidad de la condición humana, han pensado en la unidad de la sociedad humana y, cada una a su manera, han defendido la necesidad de crear estructuras políticas que plasmaran esta universalidad. Los filósofos —al menos los buenos filósofos— se han anticipado a los políticos en la defensa de la universalidad política.

Pues bien, ahora, desde una perspectiva progresista, no basta con hablar de «Estado mundial». Si, cuando hablamos del Estado mundial, lo hacemos desde esta perspectiva universalista e igualitaria, es necesario precisar que de lo que estamos hablando es de un Estado mundial que sea la plasmación de una democracia mundial. Es decir, es necesario señalar que estamos hablando de un Estado democrático mundial. Si no hacemos esta precisión, si reclamamos el Estado mundial a secas, caemos en una ingenuidad imperdonable. ¿Por qué? Porque *el Estado mundial ya existe*, y bien que existe: es el «imperio» capitalista occidental. Efectivamente, este «imperio» es nada más y nada menos que una especie de *Estado liberal mundial*: un Estado liberal mínimo, como los Estados liberales europeos clásicos de los siglos XVIII y XIX, pero a nivel mundial.

Los Estados liberales europeos se dedicaban a defender los derechos de los propietarios del capital. Eran un instrumento de la burguesía (propietaria del capital) para defender sus intereses. Como el mercado estaba hecho a la medida de estos intereses, el Estado liberal no era más que el gendarme

o la garantía del buen funcionamiento del mercado. La filosofía de este Estado se resumía en la idea de *Estado mínimo* y *mercado máximo* —y, a poder ser, un mercado sin regular—. Es decir, se trata del sueño neoliberal, en el que el Estado desaparece y el arbitraje social queda en manos exclusivamente del mercado, dominado por el capital financiero. Este Estado liberal de los siglos XVIII-XIX —objeto de las críticas marxistas— fue conocido como «Estado policía»: un instrumento del capital que se limitaba a asegurar mediante sus fuerzas de orden público el derecho a la propiedad privada (propiedad del capital y de las empresas) y el mantenimiento de las desigualdades.

Actualmente, la situación mundial se corresponde exactamente con aquel estadio de las naciones occidentales de hace más de cien años. A nivel mundial, lo único que tenemos es un gran mercado hecho a la medida del capital norteamericano, japonés y europeo occidental, y una única institución política efectiva: la OTAN, que es la «policía» de este mercado. *Este Estado liberal, este «imperio occidental», este Estado policía global, lo único que defiende son los derechos del capital. Es decir: en cuanto Estado mundial, los únicos derechos que reconoce como derechos universales son los del capital.* Por eso es un Estado liberal mundial. Los derechos del capital son los derechos de los fuertes. En realidad, la OCDE, el FMI, la OMC, el G-7 y el Banco Mundial no son sino las distintas piezas de este Estado. En él, lo político se reduce a la protección de la propiedad privada del capital, esto es, a lo «policial»; y así *el mercado mundial es el árbitro único de la sociedad mundial.* La política, en este modelo liberal, sirve para asegurar que la política (democrática, es decir, redistributiva) no exista —que no arbitre.

Derechos o variables:

los pobres como medios o los pobres como fines

Lo escandaloso de este Estado mundial, dominado por el mercado y que sólo defiende los derechos del capital, es que en él el enriquecimiento o empobrecimiento de los pobres de la tierra *depende* del enriquecimiento de los ricos; depende de los intereses del capital. *Es decir, que el nivel de vida de*

*los pobres es una variable del nivel de vida de los ricos. Ésta es la naturaleza del sistema económico capitalista mundial. Por eso es injusto o, dicho de otro modo, inmoral. Dado que los pobres son una variable, los ricos a veces necesitan que en ocasiones sean un poco menos pobres, para ser ellos más ricos; y en otras ocasiones necesitan justo lo contrario: empobrecerlos más para enriquecerse ellos. En cualquiera de los dos casos, lo más probable es que la distancia entre los ricos y los pobres aumente siempre²². Sin embargo, lo más escandaloso no es tanto el hecho en sí del aumento de la desigualdad—es decir, que los ricos sean mucho más ricos, y los pobres sean más pobres algunos y un poco menos pobres otros—. Lo más grave es que el sistema económico, al hacer de los pobres una variable de los deseos de los ricos, los ha convertido en *medios*, en *instrumentos* de otros hombres, pervirtiendo así su humanidad, que consiste en ser un fin y no un medio. Pobreza quiere decir muerte, y la economía actual está organizada de manera que la muerte (la pobreza) de la mayoría de la humanidad es una variable de la satisfacción de una minoría.*

Como explica Vandana Shiva, líder social india, feminista, socialista y ecologista, parece como si, con la globalización y la imposición del pensamiento único, el mundo se hubiera encontrado con una Constitución que regulase su funcionamiento; una Constitución que no es precisamente la Declaración Universal de los Derechos Humanos, sino una «*constitución material*», que es la que regula los derechos de todos los hombres y les dice a qué derechos puede o no aspirar cada cuál, en función de su lugar de nacimiento, de su país y de su clase dentro de ese país. Es una Constitución de derechos humanos anti-universales. La actual sociedad internacional tiene un Estado mundial que protege los derechos del capital, mientras deja la protección de los derechos del hombre en manos de cada Estado-nación particular, que tiene

22. Como dice el informe del PNUD —el organismo de Naciones Unidas para el desarrollo y la pobreza—, con la globalización hay unos ganadores —los ricos— y unos perdedores —los pobres—. Esto pasa en todo el mundo —los países subdesarrollados ganan menos que los industrializados— e individualmente —en un mismo país, los pobres ganan menos que los ricos.

que defenderlos como pueda o como sepa, en un nivel distinto del de los demás Estados. Así se ponen las bases políticas de la desigualdad internacional.

Frente a este Estado liberal mundial, con su Constitución anti-universal y su perversión de los pobres convirtiéndolos en variables, se alza, como ya hemos dicho, el ideal de una democracia mundial. En la democracia, el enriquecimiento de los pobres, su nivel de vida, no es una variable, sino un *derecho*, es decir, un *fin*. La *Constitución (formal)* de este hipotético Estado mundial democrático sí que sería la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Si lo grave es que en el discurso neoliberal la igualdad ha dejado de ser un valor que hay que respetar, la democracia mundial tiene como vocación recuperar la igualdad como valor. Se trata de construir un Estado «máximo» mundial, encargado de los derechos del hombre —que se enfrentan a los del capital—, y de defenderlos como derechos universales, en un nivel igual para todos.

Históricamente, este Estado que defiende los derechos del hombre frente a los derechos del capital ha recibido el nombre de *Estado del bienestar*: modelo social en el que se equilibran, como enemigos en un pulso permanente, la democracia y el mercado, esto es, la economía y la política, el capital y el trabajo, en un pacto que busca cierta estabilidad social. En el Estado del bienestar, el Estado tiene la doble misión —algo esquizofrénica— de defender a la vez el buen funcionamiento del mercado (en este sentido es un Estado liberal), y de defender, asimismo, la democracia y los derechos de los ciudadanos —de los débiles—, que el mercado no contempla (en este sentido es un Estado social). Se trataría, pues, de alcanzar un Estado del bienestar mundial o, mejor dicho, una situación propia del Estado del bienestar para todo el planeta, esto es, un Estado del bienestar de facto —del mismo modo que con la globalización tenemos un Estado liberal de facto.

Ahora queda claro por qué estamos «en contra» de la globalización actual: porque estamos a favor de un Estado mundial, pero de uno verdadero, democrático, que se ocupe de los derechos sociales, políticos y económicos de todos los ciudadanos de todo el mundo. Se trataría de *organizar la socie-*

dad mundial de manera que al lado de las instituciones que velan por el buen funcionamiento del mercado, las instituciones económicas, hubiera unas instituciones políticas de vocación democrática, es decir, de vocación redistributiva. (La igualdad –que es la lógica de la democracia– y el reparto –que es la lógica de la redistribución– son lógicas plenamente solidarias entre sí). No es una idea imposible. Es una cuestión de voluntad política. En estas mismas páginas, Luis de Sebastián habla, por ejemplo, de la Autoridad Redistributiva Internacional. Es decir, se trata de ir poniendo las bases de un *Estado del bienestar mundial*.

La unificación del mundo:

¿usura y competitividad o reparto e igualdad?

Lo que tenemos hoy, por el momento, es todo lo contrario. Antes nos hemos preguntado cómo consigue el imperio su objetivo de organizar la economía mundial de manera que favorezca sólo a una minoría, y hemos visto que lo hace convirtiendo el mundo en un gran *mercado mundial*, es decir, concibiendo *el mundo sólo como mercado*. El neoliberalismo es el credo de esta concepción del mundo. Se trata de unificar la economía mundial, pero tan sólo algunas de las dimensiones –algunos de los factores– de esta economía. ¿Cuáles? Las que favorezcan a los que ya son ricos. Si cada uno de estos factores lo leemos desde el punto de vista «ético», es decir, le asociamos el nivel ético o moral que le corresponde, podremos sacar una «bonita» conclusión. Veamos.

1) De entrada, sabemos que se trata de *unificar el capital financiero*, convirtiendo el planeta en un veloz mercado mundial de capitales de dinámica especulativa. El escenario de este mercado lo constituyen las bolsas, las «plazas» financieras, y sus actores son los bancos privados, los fondos de inversión, que mueven anualmente billones y billones de dólares. La esencia «ética» del mercado financiero –y sobre todo del mercado financiero especulativo– es la *usura*, pura y dura: enriquecerse gracias al esfuerzo ajeno. La usura es el motor.

2) En segundo lugar, se trata de *unificar el mercado de capitales productivos y de mercancías*. Los actores de esta

segunda unificación son las grandes compañías transnacionales o multinacionales. El motor de este segundo mercado es la *competitividad*, es decir, la victoria del más eficaz, que en el capitalismo actual la mayoría de las veces quiere decir la victoria del más fuerte²³.

3) En tercer lugar, se trata de *impedir la unificación* del mercado correspondiente al cuarto factor económico: *la fuerza de trabajo*. En la actual globalización no hay una libre movilidad de trabajadores. Todas las leyes de extranjería del mundo desarrollado —en Alemania, en Francia, en España, etcétera— son obstáculos a la movilidad de la mano de obra. Se trata de impedir la globalización del trabajo, porque ésta no favorecería a los ricos, sino, en todo caso, a los pobres. Por un lado, la población de las sociedades ricas ve la unificación del mercado de trabajo mundial como una amenaza, una competencia que puede hacer bajar los salarios de los trabajadores de los países desarrollados. Los inmigrantes no están sindicados y se venden por cuatro duros, porque les va en ello la supervivencia. Con lo cual pueden romper los sistemas de protección social que la clase obrera occidental ha tardado tanto tiempo en alcanzar²⁴. Por otro lado, las multinacionales y el capital financiero parecen preferir que los trabajadores de los países subdesarrollados sigan en sus países con sus *standards* sociales y salariales bajos, porque esto les permite enriquecerse trasladando la producción a aquellos países, es decir, deslocalizar sus empresas.

23. De entrada, hay que decir que lo grave de estos dos mercados no es que estén unificados, que haya un único mercado de capitales y de mercancías. Lo grave, como habíamos señalado anteriormente, es que sea un mercado sin reglas, totalmente liberalizado. Para entendernos: se trata de un partido de fútbol en el que no hay árbitro o, por decirlo más exactamente, en el que las reglas del juego las hace el equipo más fuerte. Lo grave, por lo tanto, es que en este juego con varios equipos que es la economía internacional no haya una autoridad legítima, neutral (democrática, por tanto), que marque las reglas del juego en beneficio del conjunto.

24. En Francia vemos sorprendidos cómo parte del electorado que entra en el discurso racista de Le Pen pertenece a los antiguos grupos sociales —trabajadores de las periferias industriales— que antes votaban ni más ni menos que al Partido Comunista.

La libre movilidad de la fuerza de trabajo, o sea, la globalización del mercado de trabajo mundial, tendría como tendencia la igualación de los niveles de vida de los países ricos y los países pobres. Los trabajadores de los países ricos se harían más pobres, y esto no lo quieren los trabajadores de los países ricos. Y los trabajadores de los países pobres se harían más ricos, y esto no lo quieren ni el capital ni las multinacionales. La única solución —en la que están trabajando los sindicatos de los países desarrollados actualmente— sería *hacer subir el standard social de los trabajadores pobres en sus países a medida que el capital extranjero fuera invirtiendo en ellos.. De esta manera, la unificación del mercado de trabajo sería innecesaria, porque no habría voluntad de los trabajadores de irse de su país.* Pues la inmigración está motivada básicamente por la voluntad de los trabajadores de los países pobres de mejorar su situación social y económica. Se unificarían así las condiciones de todos los mercados de trabajo, y en éste sentido sí podría hablarse de un mercado mundial unificado.

Si vamos al nivel moral correspondiente, tanto la unificación del mercado de trabajo —los movimientos migratorios— como la unificación de los *standards* sociales seguirían la misma lógica: la lógica del «reparto», del *compartir*. La primera estrategia supone posibilitar un reparto imperfecto: el reparto de la parte de riqueza mundial correspondiente al trabajo entre todos los trabajadores del planeta. La segunda supone posibilitar un reparto más justo: el reparto de la riqueza mundial, no sólo de la parte correspondiente al trabajo, entre todos los trabajadores del planeta, a costa de los beneficios del capital.

Tenemos tres lógicas de unificación con tres motores éticos distintos: *la usura, la competitividad* (ley del más fuerte) y *el reparto*. Estas lógicas, distintas y opuestas entre sí, se corresponden con la unificación del mundo conducida por distintas fuerzas económicas. Si, en cuarto lugar, pasáramos al plano político, podríamos hablar de una democracia mundial, o de un Estado del bienestar mundial. En este caso, la fuerza unificadora del mundo sería política, y su motor ético sería la *igualdad* (un hombre, un voto, y todos los votos del mismo valor). Esta lógica política de la igualdad es plena-

mente solidaria de la lógica económica del reparto. Las dos primeras –usura y competitividad– son en parte solidarias y en parte contradictorias: son solidarias en la medida en que ambas son expresión del afán de lucro. Y son contradictorias en la medida en que la una cifra el afán de lucro en el esfuerzo, mientras que la otra lo cifra en el robo.

Pues bien, la conclusión a la que queríamos llegar con este recorrido es que la unificación del mundo a la que asistimos actualmente, este proceso que nos permite, a través de la unificación económica, visualizar el mundo por primera vez como una única sociedad mundial –un único mercado–, ha venido fundamentalmente de la mano de la usura. No hemos unificado el mundo en nombre de la igualdad, como sería de esperar, o del reparto –por no hablar ya de la fraternidad–. No. Lo ha unificado el capital financiero, que es la usura, que es el egoísmo, y, en el mejor de los casos, las multinacionales, que representan la competitividad, que es la ley del más fuerte. Por eso un teólogo como Leonardo Boff puede decir que actualmente nos hallamos en la «Edad de hierro de la mundialización». Evidentemente, la usura sólo podía traer el imperio, y el imperio sólo podía traer la usura.

Ahora puede entenderse en qué medida somos críticos con la globalización: no es que seamos contrarios a la universalidad ni a la unificación del mundo. Todo lo contrario. Justamente porque estamos a favor de las mismas, no podemos contemplar de manera ingenua la actual globalización, en la que la universalidad, que es algo que pertenece a la humanidad como conjunto, ha sido arrebatada por el capital. *La universalidad, que tendría que estar en manos de la solidaridad –de la igualdad–, está actualmente en manos del egoísmo.* Estamos ante una globalización que es universalista para el capital, pero anti-universalista para la mano de obra, para la fuerza de trabajo, es decir, para las personas. El «universalismo» de esta globalización es el «universalismo» de una minoría.

4. La regionalización como estrategia para la construcción del Estado del bienestar mundial y como instrumento de la universalidad democrática e igualitaria.

Los críticos de la globalización

Sabemos ya cuál es el problema de la globalización: que es contraria a la igualdad, porque provoca dos tipos de dualización:

- a) la dualización, a nivel internacional, entre países ricos y países pobres;
- b) la dualización, a nivel interno de cada país, entre individuos ricos y pobres.

Son muchos los personajes y las instituciones que han comprendido esta naturaleza de la globalización y claman contra ella. Pongamos ejemplos dispares. En primer lugar, el papa de Roma, en nombre de la Iglesia católica, clama contra el «capitalismo salvaje», y a la globalización del capital opone la «globalización del amor». En segundo lugar, la Internacional Socialista, que debería sentir una responsabilidad evidente ante la actual situación mundial —si bien es verdad que ahora está ocupada pensando, está en «período de reflexión»—, dice que su actual renovación tiene que servirle para presentar batalla al «pensamiento único», que es la ideología del mundo como mercado —como Estado liberal mínimo, en nuestras palabras—. El lema que guía esta renovación ideológica de la Internacional Socialista es el del «desarrollo global», que se resume en el eslogan «más iguales» («+ =»). En tercer lugar, los intelectuales progresistas de distintas partes del planeta han alzado también su voz. Véase el caso de Günter Grass denunciando la globalización como una regresión al capitalismo salvaje del siglo XIX, o el caso del líder de la revolución argelina, Ahmed Ben-Bella, cuando propone la constitución de una «internacional de intelectuales en contra de la globalización».

Ahora bien, ¿cuáles pueden ser las estrategias políticas y económicas concretas para frenar los efectos negativos de la globalización?

De la fragmentación del imperio a la unificación del mundo; el pluralismo cultural y la conciencia ética universal se dan la mano

Una solución a este problema, como ya dijimos, es buscar las estrategias para ir construyendo un Estado democrático mundial o, más precisamente, un Estado del bienestar mundial. La cuestión que queremos analizar en este apartado es *en qué medida puede ser la regionalización una manera de avanzar por este camino*. El término «regionalización» se refiere a la construcción de estructuras económicas y políticas regionales que agrupen a los Estados-nación en grandes entidades supranacionales. Es un proceso que, en algunos casos, se está desarrollando de manera paralela al de globalización. Efectivamente, en algunas áreas del planeta se está desarrollando con intensidad —sobre todo en Europa, y a un ritmo nada despreciable en América Latina—. Otras la desean, pero están todavía muy atrasadas —los países árabes del Magreb, que siempre han aspirado a ello, o el sudeste asiático.

En la medida en que la regionalización es el movimiento político-económico dialécticamente opuesto a la estricta globalización a través del mercado liberalizado y del capital financiero, hay que tener en cuenta qué potenciales de democratización de las estructuras económicas y políticas internacionales encierran estos procesos de constitución de entes regionales. En ellos, sus miembros —sus Estados-nación— cooperan cada vez más estrechamente y en más niveles —político, económico, social, cultural, etcétera—. Esta regionalización de la geografía mundial en bloques que al principio se instituyen sólo como bloques comerciales, económicos, pero que poco a poco pueden ir constituyéndose también como bloques políticos, puede tener un efecto: *la igualación de la capacidad de presión de los distintos ciudadanos del planeta; es decir, puede permitir el desarrollo de los derechos de los pobres*.

En caso de que esto ocurra, se daría la bella paradoja de que *la regionalización, que en principio parece que particulariza, sería la que permitiría recuperar la universalidad política en una perspectiva democrática*. Pero es lógico, si se piensa que la universalidad ha sido arrebatada por el imperio.

Por tanto, sólo su opuesto, esto es, una fragmentación de esta falsa universalidad imperialista (la universalidad del capital), es decir, una particularización, una regionalización, puede abrir las puertas a una nueva universalidad (democrática, de los derechos humanos).

Estos bloques geográficos, comerciales y con potencial de bloque político unido responden a unas pautas culturales comunes: son áreas que comparten una tradición cultural –y, vinculada a ésta, una o varias tradiciones religiosas en algunos casos–. Esta dimensión cultural es importante para romper la hegemonía de una cultura occidentalista (capitalista, consumista) que va asociada al imperialismo protagonizado por el capital financiero. *La regionalización significa, pues, pluralidad cultural*, y permite llegar a un mundo no dominado por una única cultura –la occidental– con pretensiones de universalidad única, sino a un mundo compartido por varias culturas. El mapa mundial regionalizado dibuja un mundo donde la norma es el pluralismo cultural. Un mundo que se ordena en unas pocas grandes culturas –o civilizaciones, como se les quiera llamar–, cada una de las cuales alberga en su seno multitud de otras «pequeñas» culturas que se insertan en esta cultura «regional» que les sirve de espacio matriz desde el cual dichas pequeñas culturas pueden relacionarse con el mundo²⁵.

Este mundo no es el mundo del relativismo, como podría parecer a primera vista. Todo lo contrario, este mundo culturalmente plural es el único que se corresponde con los derechos humanos –que son lo opuesto al relativismo moral o cultural–. Lo único que sucede es que *la «conciencia ética común» –por citar la expresión utilizada por José I. González Faus en estas mismas páginas–, esta conciencia universal –por lo tanto, no relativista–, que se corresponde con los Derechos Humanos y el Estado democrático mundial,*

25. Así, por ejemplo, de acuerdo con este esquema, lo alemán, o lo italiano, o lo español, o lo catalán debe proyectarse en el mundo a través de su cultura «regional» propia, que es la europea, más que directamente por sí mismas. De la misma manera, lo árabe mediatiza de cara al resto de las civilizaciones las distintas culturas que se enmarcan en el mundo árabe, al igual que sucede con las distintas culturas pertenecientes al marco civilizador indio, chino, latinoamericano, etcétera.

debe construirse a partir del diálogo entre estas distintas grandes culturas o civilizaciones. Todas estas culturas tienen en su seno una vocación de universalidad como la que pueda tener la cultura occidental. Es un error del eurocentrismo, a nuestro entender, creer que el pensamiento occidental —por su vinculación con la ciencia moderna, el racionalismo y su tendencia a la abstracción— tiene una vocación de universalidad mayor que las demás grandes culturas de la humanidad actual. A nuestro juicio, todas las grandes culturas, aun siendo particulares, tienen una parecida vocación de universalidad. En consecuencia, si esta pretensión de universalidad es compartida entre varios protagonistas, *sólo el diálogo entre ellas puede conducir a una «única universalidad» común.*

Por ello, la «conciencia universal común» tiene que ser fruto del ecumenismo cultural. *El mestizaje y la «interculturalidad» son el proceso de construcción de la verdadera universalidad.* Por eso, insistimos, los derechos humanos sólo pueden ser auténticos —en su pretensión de universalismo— si se basan en el pluralismo cultural —que no relativismo—. Si no, no son «derechos universales del hombre», sino «derechos occidentales del hombre». La pluralidad de culturas no tiene que ser la base de una renuncia a un código ético común, planetario, de la humanidad toda, sino todo lo contrario: la pluralidad no quiere decir coexistencia cultural, sino diálogo ecuménico. Cualquier otra universalidad es falsa, porque siempre será una particularidad (Occidente, por ejemplo) impuesta. Un imperio es siempre una particularidad impuesta, y por eso mismo se derrumba tarde o temprano.

En síntesis, el proceso que hoy se conoce como «regionalización» tiene, en nuestra opinión, todo este potencial positivo que venimos señalando. Las regiones, entendidas como áreas culturales, económicas y, a la larga, políticas, pueden cumplir esta función de ruptura con el imperialismo cultural y económico (occidental-capitalista). Retomando las palabras de Jean-Marie Doménach cuando, en un esbozo de lo que sería una teoría personalista de las relaciones internacionales, hablaba del papel de la nación, podríamos decir que *la regionalización «es la garantía de una unificación no totalitaria del mundo».*

Los Estados-región contra el mercado financiero mundial

Vemos, por tanto, cómo lo que en el nivel cultural hemos descrito como pluralismo ecuménico o dialogante se corresponde en el plano político con lo que describimos anteriormente como democratización. Si el regionalismo puede romper a nivel político-económico con la globalización dominada por el capital financiero y con los designios del Estado liberal mundial, por otro lado rompe a nivel cultural con el universalismo totalitario de una cultura que se opone a las demás. Es importante darse cuenta de que la democracia mundial va de la mano del pluralismo cultural.

Pero ¿cómo puede el regionalismo contribuir de manera efectiva a la democratización de la política y, por ende, de la economía internacional? ¿De qué manera nos permite efectuar el tránsito desde el Estado liberal mundial hasta el Estado del bienestar mundial, haciendo posible que los pobres del planeta pasen de ser variables a ser sujetos de derecho, es decir, dejen de ser «medios» y pasen a ser un poco más «fines»? Hemos dicho antes que la regionalización constituía el movimiento dialécticamente opuesto a la globalización, es decir, que tenía este potencial democratizador. Pero ¿cómo se concreta esto en la práctica?

Para responder, nos basaremos en razonamientos económicos sólo esbozados. Podemos señalar que los actuales Estados nación, como hemos visto, no tienen margen de maniobra alguno ante el poder actual de los mercados financieros, tal como funciona la economía globalizada²⁶. En cambio, si los Estados-nación se unieran entre sí, constituyendo entidades económicas regionales (mercados únicos, etcétera), tendrían, evidentemente, mucha más capacidad de hacer frente a la fuerza de los mercados financieros, que actualmente son prácticamente omnipotentes ante unos Estados que gestionan sus economías nacionales casi sin margen de maniobra. Es cierto que estas regiones económicas seguirán dependiendo

26. Veamos el ejemplo de un país tan grande y tan importante económicamente como Brasil, primera potencia regional, que, aun haciendo todos los deberes macroeconómicos «bien» desde el punto de vista de la ortodoxia de los mercados financieros, ha corrido el riesgo de caer en una situación de turbulencias financieras y de fuga de capitales, como consecuencia de la crisis del sudeste asiático de otoño de 1997.

del capital occidental en buena medida, y que este capital será privado –y seguirá llevando consigo, como una estela perversa, los contenidos culturales del mundo occidental.

Pero la diferencia radica en que ahora los Estados nacionales están totalmente inermes ante el poder de estos capitales, y sus políticas dependen por entero de ellos. En el mercado financiero, los países son una demanda débil, y los capitales una oferta omnipotente. En cambio, en una economía regionalizada, aun manteniéndose esta necesidad de capitales privados por parte de los Estados, éstos –unidos en regiones– tendrían más posibilidades de imponer sus condiciones en los mercados financieros. Una demanda dispersa y abundante no tiene nada que hacer ante una oferta escasa (de capital). Pero una demanda organizada sí. Por eso –que acabamos de esbozar brevemente– nos atrevemos a pensar que *la regionalización puede tener efectos democratizadores de las condiciones en que se desenvuelve la economía mundial.*

Si esta regionalización puede permitir estructurar un desarrollo menos dualizado, en el que los países pobres no pierdan mientras ganan los ricos –al contrario de lo que señala el informe del PNUD sobre la actual globalización–, es de prever que, a medida que estas regiones se vayan enriqueciendo, podrán ir desarrollando en su interior las medidas de protección social que corresponden a una economía más democrática. Es decir, estas regiones económicas podrían desarrollar en su seno avances hacia lo que nosotros entendemos hoy como Estado del bienestar, es decir, una sociedad en la que la democracia y el mercado –los derechos y las variables– estén en equilibrio. Por tanto, una democratización de la economía internacional vía regionalización, es de prever que tenga un efecto paralelo en el interior de estas regiones económicas. En consecuencia, la democratización «hacia afuera» a través de la regionalización –es decir, de las reglas de las relaciones entre los Estados y los mercados financieros– se complementa dialécticamente con una democratización «hacia adentro» –es decir, de las reglas de juego internas de la economía de estas regiones–. *Una mayor participación de las regiones pobres en el PIB mundial debería ser paralela, en esta perspectiva, a una mejor distribución interna de la riqueza en estos países.*

Esta perspectiva no difiere demasiado de muchos de los análisis que hoy en día circulan en los ámbitos del pensamiento económico y social progresista —es decir, no paralizados en los esquemas intelectuales neoliberales, no secuestrados por el pensamiento único—. Hoy es casi un tópico la idea según la cual los países, a medida que se van enriqueciendo, compran democracia. El problema es que, para que los países pobres se puedan enriquecer, es necesario que previamente se haya democratizado mínimamente el funcionamiento de la economía internacional. Si no, el círculo vicioso de pobreza y autoritarismo será imposible de romper. Para confirmar esta visión crítica están los estudios del prestigioso economista indio Amartya Sen —también respetado, sorprendentemente, en los círculos económicos conservadores—, que ha podido demostrar la relación positiva que, a nivel nacional, hay entre la democracia —como causa— y el desarrollo económico —como efecto.

Nuestro argumento se puede resumir en la siguiente idea: *en la medida en que la regionalización permita una democratización —una igualación de la capacidad de presión entre los ricos y los pobres a la hora de determinar las reglas del juego mundial—, habrá más desarrollo para los países pobres; y en la medida en que éstos se desarrollen, podrán ir creando a nivel interno un mínimo Estado del bienestar; es decir, podrán «ir comprando democracia» y las políticas sociales que ésta lleva aparejadas.*

*El Estado mundial democrático de iure:
igualdad económica y pluralidad cultural*

Lo más importante de todo lo que venimos diciendo es que podemos «imaginar» una alternativa al Estado liberal mundial propio de esta globalización: una suma de Estados del bienestar regionales que, a su vez, darían como resultado, a nivel internacional, una especie de *Estado democrático mundial «de facto»*, que sería un incipiente Estado del bienestar mundial. En este sentido es en el que creemos interesante la constitución de Estados-región, en la medida en que a partir de ellos se puede edificar el esbozo de una democracia mun-

dial, por imperfecta que sea. Es bueno poder vislumbrar salidas a la situación actual, saber que existen alternativas democratizadoras.

Una perspectiva así conduciría a una situación en la que podríamos hablar de un Estado del bienestar mundial sólo *de facto*. Con la regionalización tendríamos una nueva situación en la que la política podría tener un efecto de freno, de contención o de corrección del mercado. Regionalizada, la sociedad internacional, que ahora tiene como única base de sustentación la economía, se asentaría en dos pilares que se equilibrarían entre sí: la economía y la política. Y es precisamente este modelo, en el que la democracia comparte el diseño de la arquitectura social con el mercado, el que define al Estado del bienestar. Sin embargo, la democracia mundial que se alcanza con la regionalización no puede ser más que el paso previo –dialécticamente previo– hacia la consecución de un auténtico Estado democrático mundial *jurídicamente organizado como tal*, que debería ser la perspectiva política final de cuantos creen realmente en la igualdad entre todos los seres humanos.

En resumen, la regionalización puede arrojar un balance positivo en la medida en que a la diversidad cultural añade la democratización –es decir, una perspectiva de Estado del bienestar–. Por ello, lo interesante es que sus regiones suman a la dimensión de región económica la dimensión de región cultural. El modelo de sociedad resultante se resume diciendo que *en él hay una igualdad de derechos a nivel mundial, pero una diversidad de culturas, es decir, una diversidad de «maneras» de proporcionar estos derechos iguales*. Porque ésta es la verdadera igualdad/universalidad: la igualdad en derechos. En cambio, la manera de concretarlos, que la inscriba cada individuo, cada sujeto de derechos, en su tradición civilizadora particular. En la medida en que los derechos se igualan, la manera de realizarlos se diversifica. Se trata de que todos los seres del planeta tengan casa y comida, pero de que cada cual haga su casa a su manera y coma según su tradición. Y lo mismo puede decirse respecto del trabajo, la educación, la salud...

Economía y cultura, *en una sociedad internacional democrática*, guardan esta relación dialéctica: *la igualdad*

económica se corresponde con la «desigualdad» cultural. En el imperio/Estado liberal se mantiene esta dialéctica, pero invertida: *la desigualdad económica capitalista supone la «igualdad» cultural, es decir, la homogeneidad occidentalizadora.* La globalización actual es esta desigualdad económica justificada gracias a un modelo de homogeneización cultural del mundo: es la «macdonalización» del planeta. Un planeta en el que no todos comen, pero en el que los que pueden comer no tienen más remedio que comer hamburguesas de empresas estadounidenses. El modelo norteamericano de sociedad es profundamente anti-igualitario, pero se quiere imponer en todo el planeta por igual. La realidad debería ser la opuesta. El derecho, por naturaleza, es abstracto, es universal, y por ello debe ser igualitario —e igualdad en derechos quiere decir igualdad en el nivel de vida, es decir, igualdad económica—. En cambio, la manera de ejercerlo es particular, diversa.

Contra Huntington, a favor del «encuentro de civilizaciones»

Este planteamiento nos enfrenta a uno de los paradigmas relativos a la globalización que más publicidad ha tenido en los últimos años dentro del campo académico de las relaciones internacionales. Nos referimos a la teoría del «choque de civilizaciones» de Samuel Huntington. Según esta visión del planeta, el mundo bipolar de la guerra fría será sustituido por una nueva reorganización del mundo en varias áreas (siete u ocho, señala el autor), que responderán a criterios culturales —de grandes civilizaciones, en las que el factor religioso tiene un papel importante que jugar—. Hasta aquí, pues, se trata de un análisis similar al de la regionalización que venimos haciendo nosotros.

La idea central de la teoría de Huntington es que las «luchas» entre regiones, condicionadas en última instancia por sus diferencias de identidad cultural, son las que determinarán a partir de ahora la vida política del planeta, sustituyendo el tipo de lucha ideológica (entre capitalismo y comunismo) que determinó la vida política internacional durante la guerra fría. Ciertamente, es razonable pensar que la constitución de regiones será a costa de «luchas» entre ellas, ya sean

por la vía económica, ya sea por la de la competencia política; fricciones de todo tipo que, con toda seguridad, surgirán en la medida en que vaya cristalizando esta nueva estructura económico-política regionalizada de la sociedad internacional. La evolución del mundo no se hace de manera idílica e indolora, ciertamente. La historia avanza siempre a golpe de riesgos y tensiones, como el pasado demuestra.

Podríamos incluso coincidir en buena medida con Huntington en la clasificación de regiones que se aventura a hacer. Habla de nueve grandes civilizaciones, entre las cuales se repartiría la superficie habitada del planeta: la occidental, la latinoamericana, la musulmana, la china, la hindú, la japonesa, la negro-africana, la eslava y la budista. (Posiblemente lo más discutible de esta clasificación sea la identificación absoluta que hace el autor entre Europa Occidental y los EUA). Nuestra diferencia estriba en el sentido que él da a la idea del «choque», de la «lucha», al hecho de la competencia política y cultural entre estas regiones. Para él —aun proponiendo una teoría descriptiva, simplemente útil para el análisis y, por lo tanto, no directamente valorativa— parece como si este «choque» fuera negativo. A nuestro parecer, debería ser todo lo contrario: *la garantía de una unificación democrática —no totalitaria— del mundo*.

En la teoría de Huntington no se concibe la posibilidad de que el «choque» entre civilizaciones sea un «encuentro» negociado, dialogado a través de la política, en un proceso de progresiva democratización de la sociedad internacional. Para él, todas las civilizaciones se expresan en las relaciones internacionales necesariamente en clave imperialista. La ambición máxima de toda civilización es dominar el mundo; la defensa de sus intereses políticos y económicos, viene a decir, tiene que conducirla necesariamente a un comportamiento y a unos valores imperialistas. Como no se cansa de repetir, la pregunta clave del problema es: «¿Quién domina a quién?»²⁷.

De entrada, Huntington quizá no considera que la civilización occidental sea directamente superior a las otras. Él, de hecho, distingue entre «occidentalización» y «moderniza-

27. S. HUNTINGTON, *El choque de civilizaciones*, Paidós, Barcelona 1996.

ción». Sin embargo, su realismo pesimista acaba llevándole inevitablemente a una conclusión «occidentocéntrica». Porque, si en el mundo no hay posibilidad de amistad entre civilizaciones, si las otras regiones político-culturales son necesariamente rivales que se pueden convertir en peligrosos enemigos, entonces, obviamente, puestos a aceptar que tiene que mandar una civilización «en contra» de las otras, mejor que la que mande sea «la nuestra», es decir, lo que Huntington llama «Occidente».

Éste es, según nuestra interpretación —que esperamos no sea excesivamente maniquea—, el recorrido intelectual que acaba haciendo Huntington. Se trata de un atrincheramiento —o corre este riesgo— en favor del capitalismo. Sin embargo, este planteamiento del autor tampoco tendría que extrañarnos excesivamente, puesto que el grupo intelectual al que cabría adscribir a Huntington es el de los «teólogos políticos del capitalismo». De este grupo intelectual es de sobras conocida la formulación más extrema —pero perfectamente representativa— de uno de sus miembros más destacados, Michael Novak, según la cual el capital es comparable al «siervo de Dios», puesto que es el agente de la «liberación» de los desposeídos, permitiendo el desarrollo económico y salvándolos de la pobreza. Estos teólogos políticos del capitalismo dan la más radical cobertura ideológica posible al capitalismo —a la globalización, por tanto—, puesto que nada hay tan radical en esta vida para justificar cualquier cosa como la teología manipulada. Sacralizan el mercado, convirtiendo en una filosofía y en una ética global el discurso económico neoliberal, tal como denuncia también Xavier Alegre en estas mismas páginas. En estos autores, efectivamente, el neoliberalismo es catapultado a la categoría de «evangelio».

En definitiva, estamos ante dos concepciones de la universalidad radicalmente enfrentadas: *una la identifica con el capitalismo; la otra, con el ecumenismo (cultural). La una, con el Estado liberal mundial; la otra, con un —deseado— Estado democrático mundial.* Para la una, la única esperanza que les queda a los pobres es, como dice Eduardo Galeano, «ser como ellos», es decir, alcanzar el nivel de vida de los ricos, que el Tercer Mundo alcance algún día el nivel de desarrollo y el modo de vida del mundo occidental. Pero esto es

imposible, es una trampa ideológica, porque el modelo de desarrollo occidental se fundamenta necesariamente en la desigualdad. Los neoliberales pretenden que la universalidad (es decir, la unificación del mundo) venga de la mano del capitalismo, como si el capital fuera abstracto, anónimo. Pero no lo es, porque el capital tiene *nombre y apellidos*, aunque nunca los sepamos; tiene unos dueños, unos propietarios, y estos propietarios tienen una manera particular de ver la vida y unos intereses también particulares, que los representan a ellos, pero no al resto del mundo.

Para la otra concepción, la esperanza de los pobres es la institucionalización de una dinámica económica internacional que permita la construcción de un Estado del bienestar a nivel mundial. En el extremo opuesto del mercado financiero mundial que rige el mundo en la actualidad *se encuentra el diálogo intercultural*, que no rige nada actualmente, pero que es el único capaz de traernos la universalidad y, con ella, los derechos humanos que la encarnan. *La universalidad tiene que ser tan hija de lo occidental como de lo árabe, lo indio, lo chino, lo latinoamericano, lo eslavo, lo negroafricano, etcétera.*

El problema de los Estados-nación

El principal problema que ofrece la regionalización es que, en la medida en que su vocación última es la constitución de entes políticos regionales, tiene un gran obstáculo para su desarrollo: el Estado-nación. Los Estados actuales, al tiempo que son los principales agentes de este proceso regionalizador, los únicos que pueden llevarlo a cabo, son en buena medida su principal resistencia. Crear «Estados-región» significa acabar con los Estados-nación para integrarlos en estructuras políticas mayores. Nos es difícil imaginar una estructura política mundial muy distinta de la que hoy ofrece nuestro planeta, dividido en casi dos centenares de Estados. Sin embargo, las estructuras políticas, a lo largo de la historia, evolucionan y se transforman —de tamaño, de naturaleza, etcétera—. Y el Estado-nación es también un organismo vivo en evolución.

En general, el miedo a la desaparición de los Estados-nación surge porque se piensa que de él depende la identidad nacional de un país: la identidad nacional, cultural e histórica. Sin embargo, los Estados no aparecieron sobre la faz de la tierra para defender identidades culturales (o no nacieron fundamentalmente para esto). El Estado —como diría un marxista— nació básicamente para organizar y defender los intereses económicos y políticos de las clases hegemónicas de una sociedad en un momento dado. Así, sabemos que el Estado-nación liberal protege los intereses del capital, mientras que el Estado del bienestar es un estado de doble cara (esquizofrénico), que defiende a la vez los intereses del capital y los de la clase trabajadora, poniendo en equilibrio la democracia y el mercado.

Por lo tanto, la pregunta que hay que hacerse es: ¿qué intereses defiende hoy el Estado-nación? Y, por lo que hemos explicado a lo largo de este capítulo, el Estado-nación no se enfrenta a la globalización. No hay una oposición política ni económica entre lo global y lo nacional. Al contrario, las fuerzas que dirigen la globalización están encantadas con los Estados-nación, porque tal fragmentación de las estructuras políticas internacionales les da un margen especulativo mucho mayor. Los Estados-nación no son un obstáculo para los mercados financieros. *Este freno lo constituirían sólo los «Estados-región».*

Por tanto, la cuestión que deberíamos plantearnos nosotros es la siguiente: ¿qué nivel (territorial) tiene que tener el Estado actualmente para mantener el máximo de democracia posible, dadas las nuevas condiciones de la economía mundial que ha impuesto la globalización? Dicho de otro modo: si el Estado del bienestar es el invento que permite compatibilizar el mercado capitalista y la democracia, y puesto que el mercado capitalista, alcanzada la globalización, es hoy por hoy incuestionable, ¿cuál es el nivel que debe tener el Estado para seguir desempeñando el papel de Estado del bienestar?

Para esta cuestión el ejemplo más ilustrativo es el de la Unión Europea. La mayoría de las fuerzas políticas de izquierdas, defensoras del Estado del bienestar, quieren la construcción de la Unión política, un Estado europeo político, porque consideran que es el único modo de preservarlo.

Por lo tanto, para que el Estado siga siendo Estado del bienestar, tiene que ser un Estado-región. Las fuerzas económicas y políticas de derechas, en cambio, quieren en su mayoría la Unión económica y monetaria, pero recelan al máximo de la Unión política. Porque para ellas tener un mercado de nivel regional —el mercado único con moneda única—, pero manteniendo los Estados políticos (del bienestar) a nivel nacional es, en el fondo, como tener un mercado sin Estado, que es el sueño neoliberal. Es como un Estado (regional) mínimo con mercado máximo, es decir, un Estado liberal en el nivel europeo. Este caso europeo sirve de ejemplo y de guía para muchas otras regiones del mundo. Cada vez es más evidente que el Estado del bienestar, del que depende la democratización del mundo, sólo podrá construirse a nivel regional.

El problema es que la «voladura» de los Estados-nación para la constitución de entes regionales no puede hacerla nadie más que los propios Estados-nación. Por «voladura» entendemos la transferencia de soberanía a la instancia regional, una transferencia que significa coordinación entre los Estados. Toda coordinación supone darle un poder superior a quien coordina. Lo único que hace falta es que este poder último —superior—, en la medida en que se convierte en un poder determinante, esté controlado a través de una democracia representativa. Los poderes políticos no son buenos o malos en función de su nivel —estatal, regional, local, autonómico, etcétera—, sino en función de que estén o no controlados democráticamente. En definitiva, son los Estados-nación actuales los que deben ver su interés en perder soberanía para coordinarse a nivel regional. Pero esta auto-voladura es, evidentemente, poco automática, porque a nadie le gusta suicidarse, y menos a una estructura orgánica y burocrática como es un Estado. Sólo la presión democrática de las sociedades puede forzarles a hacerlo. Sin esta presión, los Estados se convierten en rehenes políticos de aquellas fuerzas —económicas, políticas— que están a favor de su preservación, en contra de su voladura, para mantenerlos sujetos a la dinámica de los mercados financieros. *Hoy por hoy, estos mercados se están convirtiendo en el único mecanismo regulador de la sociedad internacional.* Y cuando las sociedades

han dejado su regulación exclusivamente en manos del mercado (de la «base económica»), lo que ha nacido, según nos enseña la experiencia histórica, han sido monstruos.

En síntesis, nuestra idea es que el desarrollo de la «base política» de la sociedad internacional —una «base política» en clave democrática— pasa hoy por la constitución de Estados-región. El miedo a una posible indefensión de la identidad cultural de las naciones si desaparecen los Estados-nación (véase el caso europeo) no tiene ningún sentido ni fundamento. Seguramente las naciones culturales estarán mucho más protegidas desde una estructura política regional que englobe a varias naciones culturales pertenecientes a la misma área cultural —a la misma civilización global— que por el Estado-nación ajustado a sus fronteras territoriales actuales. Expliquémonos con un ejemplo: seguramente la cultura de la «nación cultural francesa» estará mucho mejor protegida si existe una entidad política de nivel regional —la Unión Europea— que si esta protección queda sólo en manos la entidad política de nivel nacional —el Estado francés.

El rival de la identidad cultural francesa no es la cultura alemana o la española o la italiana, sino la cultura norteamericana. La globalización, como ya hemos visto, trae aparejada una occidentalización cultural del mundo —que es, sobre todo, una norteamericanización—. El capital tiene «cultura propia» y la lleva consigo. *El problema cultural de las naciones europeas no es la pluralidad cultural de Europa y el enfrentamiento entre ellas, sino que su unificación cultural no se lleve a cabo bajo una bandera común europea, sino bajo la bandera norteamericana*, bajo la bandera de los establecimientos de McDonalds que uno puede encontrar tanto en el centro de París, como en el de Berlín, Roma, Londres, Moscú, Atenas o Viena. El problema de la identidad cultural francesa —para seguir con el ejemplo— es, pues, el capital internacional con su rastro norteamericanizante. Por eso la Unión Europea, en cuanto Estado-región político, permitiría frenar la penetración de este capital o, como mínimo, de su dimensión cultural. Y es ella la que puede permitir el florecimiento de cada una de las identidades culturales que conforman la Europa plural. *La «biodiversidad» cultural europea*

*necesita justamente un ente político regional para poder ser preservada*²⁸.

Y este mismo ejemplo vale para todas aquellas regiones en las que los Estados pueden caer en la tentación de frenar la unidad regional. Así, por ejemplo, véase el caso de la nación magrebí, fragmentada en varios Estados, o el de América Latina, que fue liberada políticamente en nombre del «sueño» de su unidad (Bolívar), pero que actualmente está también fragmentada en Estados nación, aunque debatiéndose para avanzar en su unidad regional. En cambio, hay otras zonas del mundo —en Asia, básicamente— en las que la estructura política regional y la dimensión de la nación cultural coinciden, como es el caso de China o de la India. Estas naciones culturales que se corresponden con su Estado tienen un problema añadido menos. Aun albergando en su seno una diversidad cultural bastante desconocida en Occidente, tienen muy asentada la identidad cultural común que unifica a sus Estados.

*Los «sindicatos regionales»
y el «internacionalismo democrático»*

En definitiva, el objetivo, en este fin de siglo dominado por la globalización es el mismo de hace décadas (o siglos): *la movilización social y democrática que permita compensar, a través de los mecanismos políticos, la distribución esencialmente injusta de la riqueza y de los recursos que produce el sistema económico capitalista*. Lo que sucede es que ahora el escenario y el ámbito de esta movilización han cambiado. El capitalismo se ha globalizado; el mercado —sobre todo el financiero— es ya un mercado mundial. Por eso, la estrategia de democratización debe tener los ojos puestos también en este ámbito total, internacional, planetario. La regionalización puede crear un escenario favorable a esta democratiza-

28. Ello no significa que quienes deban ocuparse de la protección de la cultura francesa —siguiendo con el ejemplo— sean las estructuras políticas de la Unión Europea; significa, simplemente, que la existencia de un verdadero Estado regional europeo (democrático) es lo que permitirá al «sub-Estado» nacional francés ocuparse con eficacia real de la identidad cultural francesa.

ción de la sociedad mundial y propiciar a nivel mundial una extensión del modelo social del Estado del bienestar que, sin eliminar el mercado, lo corrija mínimamente. Lo antagónico de «lo financiero y mundial» es, lógicamente, «lo político y regional».

En este sentido, *la fuerza social* que puede hacer de antítesis de los capitales financieros especulativos —que, recordemos, no son algo abstracto, sino capitales en manos de unos propietarios y, por lo tanto, responden a unos intereses, por lo que, en este sentido, son una también «fuerza social»— la constituyen *los movimientos sindicales y políticos de izquierdas de ámbito regional*. Hablamos de un objeto político no identificado, de unos sujetos políticos virtuales. Estos hoy inexistentes «*sindicatos regionales*», o «*partidos de izquierdas regionales*», son los que deberían protagonizar la vida política y social internacional de las primeras décadas del siglo XXI, si queremos que el mundo avance por la senda de la justicia social y de la igualdad en este tercer milenio. Porque sólo ellos, a través de las estructuras democráticas —o de la movilización social, cuando estas últimas faltan—, pueden frenar al capital financiero especulativo, del que son el extremo opuesto.

Sin estas movilizaciones en favor de la democratización de la economía internacional —que sólo lo que llamamos «sindicatos regionales» o «partidos de izquierdas regionales» pueden conducir con alguna eficacia—, la globalización actual del capitalismo abocaría a la sociedad internacional a la más completa y flagrante dualización que se haya conocido jamás en la historia. La «más completa», porque por primera vez estaríamos ante una única dualización en una única sociedad mundial.

Lo que no se puede hacer es pensar que, dada la existencia del actual Estado liberal mundial, en un futuro más o menos próximo el «deseado» Estado del bienestar o democrático mundial se va a desarrollar automáticamente por sí solo. No es ésta la experiencia histórica de las sociedades desarrolladas, en las que *el Estado social sucedió al Estado liberal, pero no de manera automática, sino como fruto —ya lo hemos visto— del esfuerzo y la lucha democrática de varias*

generaciones de ciudadanos pertenecientes a la clase trabajadora y a las clases medias. Ahora, en nuestro nuevo ámbito internacional estamos en la misma situación. *No será el automatismo, ni ninguna necesidad positiva que rija la evolución de las cosas, típica del optimismo histórico, sino el voluntarismo*, el que hará avanzar al mundo hacia una mayor justicia social mundial. Lo cual no quiere decir que este voluntarismo tenga que ser tenso y radical. Puede ser perfectamente sereno, pero no por ello tiene que ser débil. La mayor fortaleza de este voluntarismo puede residir en un uso sin concesiones de la *democracia* y de sus instrumentos. *Un nuevo internacionalismo en pro de la justicia social, un nuevo internacionalismo democrático*, es la respuesta histórica que la sociedad internacional tendría que saber articular para hacer frente a la globalización —o para corregirla políticamente aprovechando sus frutos económicos, si se prefiere formularlo así.

Por ejemplo, un tema que ha estado sobre la mesa en los últimos años ha sido la necesidad de establecer mecanismos en los mercados financieros mundiales que impidan las dinámicas especulativas. A medida que avanzaba la globalización en esta última década, se ponía de manifiesto la necesidad de penalizar los capitales especulativos y de organizar una fiscalidad para el capital internacional que regulara su circulación y le hiciera adquirir algunos compromisos con la zona en la que invierte. En este sentido, la más conocida es la propuesta del norteamericano J. Tobin, premio Nobel de economía. Sin embargo, en cuanto han aparecido propuestas como la de Tobin, en seguida se ha aducido la cantidad ingente de problemas «técnicos» que impedirían su aplicación.

No somos ingenieros especializados en «sistemas de flujos» y en «redes dinámicas» —permítasenos la licencia poética—, pero la intuición nos dice que no tiene que ser más difícil regular el tráfico internacional de capitales que regular el tráfico automovilístico de la ciudad de Los Angeles. La intuición nos dice que el principal escollo es, básicamente, quererlo hacer. Cuando hay voluntad política de controlar el tráfico rodado, la solución técnica se encuentra. Se trata de poner muchos semáforos y, sobre todo, mucha guardia urbana. ¿Por qué no hacer lo propio en el mercado de capitales?

No decimos que sea fácil. Decimos que es posible. Y actualmente, con las tecnologías informáticas y de telecomunicaciones, esta factibilidad es aún más obvia. Si estas tecnologías permiten la existencia del mercado financiero único, también pueden permitir su control.

¿A qué viene este ejemplo que aducimos para concluir? Pues viene a demostrar que los principales problemas de la actual economía internacional son problemas políticos, no técnicos. Y que, por lo tanto, hace falta la emergencia de los sujetos políticos adecuados a la actual situación económica y social internacional, para que estos problemas puedan ser resueltos. Éste es el sentido en que hemos hablado de los «sindicatos» y de los «partidos de izquierda» regionales. Una propuesta como el «impuesto Tobin» u otra similar, es decir, cualquier intento de controlar y penalizar la especulación financiera internacional —que constituye un escándalo social, denunciado incluso por su máximo beneficiario, el financiero George Soros—, sólo llegará a ser realidad en la medida en que existan y tengan un verdadero protagonismo en la escena política internacional estas fuerzas políticas y sociales regionales. Propuestas de este estilo sólo serán posibles en la medida en que estas fuerzas sean las propulsoras de un nuevo *internacionalismo democrático*, que debe tener necesariamente como horizonte final el *Estado democrático mundial*.

Postdata: la globalización empezó hacia el siglo VII a.C.

La globalización actual traiciona los ideales de igualdad en que se funda el concepto mismo de «humanidad». Unifica el mundo, pero a costa de no unificar la humanidad en los términos en que ésta debería ser unificada para merecer tal nombre. La globalización no va a la par con los derechos humanos. Sin embargo, algo nos dice que la «fraternidad universal» es previa a todos los desarrollos históricos y sociales que en el mundo se puedan ir produciendo, y que subsiste a pesar de ellos. La unidad de la humanidad es una unidad que

existe por sí misma, porque está en la naturaleza misma del ser humano. Aunque esta unidad no esté realizada en sus niveles social, económico y político, sí está inscrita como una «vocación espiritual» de la sociedad humana.

En este sentido podemos decir que la globalización auténtica, la original, empezó entre los siglos VII y VI a.C. En aquella época aparecieron una serie de personajes en el mundo que, desde lugares distintos y desde civilizaciones muy diversas, tuvieron *una misma intuición*. Todos estos hombres fueron fundadores de grandes religiones (o grandes tradiciones espirituales, o como se quiera denominarlas). *Buda* desde la India, *Lao Tse* desde China, *Zaratustra* desde Oriente Próximo, *los profetas* (Isaías) desde el mundo judío...: todos ellos desarrollaron su predicación absolutamente ignorantes los unos de los otros. Sin embargo, todas estas predicaciones *coincidieron en un punto*: el ser divino o la realidad divina que todos ellos predicaban se les presentaba como un «Dios» de todos los hombres, un «Dios» universal, común a todos los seres humanos del planeta. En estas predicaciones del siglo VII a.C. empieza, por primera vez en la historia de la humanidad, *la conciencia de la universalidad del género humano*, que conlleva la idea de fraternidad universal y de justicia igualmente universal.

Por eso decimos que la verdadera globalización, «la original», empezó el siglo VII. Pues fue entonces cuando se tomó conciencia de la humanidad como un todo y se pusieron las bases de la fraternidad que fundamenta la sociedad humana y que algún día debe culminar —expresarse— en un Estado mundial democrático en el que se haga efectivo el principio de igualdad y que se encargue del respeto de los derechos humanos universales. En aquel momento, en definitiva, se dio un paso fundamental para la unificación espiritual del mundo. Y esta unificación espiritual debe encontrar algún día su plasmación social y política.

Por eso decimos que la mundialización, en realidad, no empezó en 1989, ni en 1972, ni después de las guerras mundiales. Tampoco empezó con la primera globalización internacional del capitalismo, durante el siglo XIX, con la llegada del imperialismo y del internacionalismo proletario y socia-

lista. Ni siquiera empezó, como podríamos estar tentados a pensar, con el nacimiento del capitalismo, hacia el siglo XV, ni con el descubrimiento de América, que unificó geográficamente el planeta entero, dando pie al primer «imperio» en el que «nunca se ponía el sol», el primer imperio con vocación de imperio mundial, total, universal. No. La verdadera mundialización empezó muchos siglos antes —en el siglo VII a.C., como mínimo—, con la predicación de unos cuantos hombres que «descubrieron» que su «Dios» era un «Dios» universal, que «hacía de Dios» para todos los hombres por igual.